

**Publicaciones anteriores:**

*Playas*, cuentos,  
Carlos Calderón Fajardo

*Horrores cotidianos*, cuentos,  
David Roas

*La orden secreta de los ornitorrin-  
cos*, novela,  
María Alzira Brum Lemos

*Otra vida para Doris Kaplan*,  
novela,  
Alina Gadea

*Un sol que en invierno*,  
César Bedón

*Perder el tiempo*, novela,  
Ricardo Mendoza


*El Círculo Blum*, novela,  
Lucho Zúñiga

*Alguien que me quiera*, novela,  
Giselle Klatic

*Cat food*, relatos,  
Pedro Casusol

Ilustración de cubierta: Carlos Lavida

Quizás pienses, lector, que este libro tiene que ver con un hombre que anda por la vida con una bolsa en la cabeza. No es tanto así, nunca aparece tal personaje. En estos doce cuentos reunidos en *Un hombre feo*, los que sí aparecen son: un colegial que quiere incendiar su colegio, un niño que busca en los choclos frescos un gusanito para tener de mascota, una chica que piensa seriamente en meterse dentro de la maleta de un africano para conocer nuevos continentes, hasta un tío que se pregunta por qué el viejo Yaga de los Thundercats solo aparecía unos segundos en cada episodio. ¿Qué tienen en común estos personajes con el hombre de la bolsa en la cabeza? Se podría decir que han dejado de mirar el mundo para mirarse a sí mismos, pero no en busca de redención, sino de aquel fin que solo una sarta de héroes delirantes puede buscar: alegrar a todos aquellos que saben que los libros de autoayuda no ayudan en nada.

 **borradoreditores**

ISBN: 978-612-45523-6-6



Un hombre feo

Pierre Castro

 borradoreditores

# Un hombre feo

Pierre Castro



 borradoreditores



Foto: Jair Uzziel

**Pierre Castro Sandoval**  
Trujillo, 1979

Comenzó su carrera de narrador a los diez años contando los chistes porno que le enseñaba su tío Héctor. Su primer cuento lo escribió a los 16 cuando la chica que le gustaba lo comparó con un perro de peluche. Ahora su novia también cree que parece un perro de peluche pero él ya comprendió que eso es algo a lo que se le puede sacar provecho. Sus cuentos han sido publicados en las antologías *Maldito Amor Mío*, *Más cuentos irónicos* y *Primeras Historias* así como en los fanzines *Heridita*, *Marc el Loco* y *Lithopia*. Ha pertenecido a la Escuela de Escritura Creativa de la Católica y ha montado cabezas de pacazos sobre cuerpos humanos. Hace dos años abandonó la publicidad para dedicarse a la literatura y en cambio se dedicó al pan con queso y los dibujos animados. De los 46 textos que mandó a la editorial, fueron escogidos estos 12 que componen su primer libro de cuentos.



un hombre feo

# UN HOMBRE FEO

Pierre Castro

## Índice

*Un hombre feo*

Primera edición: julio de 2010

© 2010, Pierre Castro

© 2010, Borrador Editores S.A.C.

<http://unhombrefeo.wordpress.com/>

Dirección editorial: Lucho Zúñiga

Cuidado de la edición: Lucho Zúñiga, Pedro Villa, Leonardo Dolores

Ilustración de portada y en índice: Carlos Lavida

Diseño de carátula: Mario Vargas, Pierre Castro

Diagramación: Pedro Villa

Borrador Editores S.A.C.

Av. Fray Luis de León 391, San Borja

Lima, Perú

Telf.: 7870151

[contacto@borradoreditores.com](mailto:contacto@borradoreditores.com)

[www.borradoreditores.com](http://www.borradoreditores.com)

Impreso en Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N°: 2010-08409

ISBN: 978-612-45523-6-6

Borrador Editores es miembro de la Alianza Peruana de Editores Independientes, Universitarios y Autónomos.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y distribución total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, fotocopiado u otro; sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas por la ley.



Un hombre feo	11
Ábrele la puerta a papá	17
Chicles	23
Incendiar el colegio	27
This side up	31
El indeseable	35
Cómo ganar un millón de dólares	37
Un dragón azul	51
Diez preguntas antes de dar el sí	53
Tu pecho anaranjado	69
Carta desde el África	73
Golfie	79
<b>FEARIO</b>	105

*A mis viejos*

## Un hombre feo

Bueno, yo no sé finalmente por qué se enoja si es ella quien siempre comienza estas cosas. Fue así. Vamos andando por la calle de la mano y de pronto me dice: Si pudieras ser un actor, ¿qué actor te gustaría ser? Vaya pregunta tan rara, pensé e inmediatamente recordé esos malditos test de Cosmopolitan que siempre anda leyendo como si fueran el mismo Corán. Qué mujer. No podía andarse quieta. Lo macabro del asunto era que yo ya tenía la respuesta, pero no quería admitirlo. Hubiera sido extraño hacerle ver que yo también andaba siempre pensando en cojudeces por el estilo. Puse cara de loco, seguí caminando como si no fuera conmigo. Pero ella me conoce, me tiene paciencia y volvió a insistir, sonriendo. No sé, pensé que por su cara estaba esperando que le dijera algo como Jack Nicholson o Johnny Depp. Algo que le permitiera decir que ella quería ser Julia Roberts o Meg Ryan y llenarnos de besos en la esquina. Pero no quise ponérsela fácil. Quería jalarle la cola al gato. Entonces vengo y se la suelto. Le dije que definitivamente si tuviera que ser algún actor, tendría que ser Steve Buscemi. ¿Quién es Steve Buscemi?, preguntó. ¿Pueden creerlo? Eso fue lo que dijo. ¿QUIÉN

RAYOS ES STEVE BUSCEMI? ¡El tipo de *Con Air*! grité. ¡El mutilador de Ohio! Ya sabes, al que tienen encerrado como a Hannibal Lecter. No lo reconocía. La salvaje había visto *Con Air* unas ochentas veces pero no tenía ni puta idea sobre quién le hablaba. Entonces me puse a cantarle la canción: *He's got the whooole worlddd in hisss handdd. He's gottt the whole wide worldddd in his handdd.* ¡EL DE LA NIÑAAA! EL QUE SE IBA A COMER A LA NIÑA, chilló. ¡Mierda!, reclamé yo. ¡No se la iba a comer! ¡Nunca se la comió! Se hicieron amigos, cantaron y ella le regaló su muñeca. Ya me estaba empezando a asar. Encima viene y sigue. Dios, ¡pero ese tipo es horrrrrrrrible! Estaba completamente histérica. Y yo pensaba: Vaya, claro que es horrible. Y se lo dije: Claro que es horrible, mierda ¡es más feo que un muerto fresco! Entonces ¿por qué quisieras ser como él?, preguntó. ¡Vaya!, precisamente porque es horrible y no le queda más que ser genial, porque tiene cara de que la vida le ha dado unas buenas porradas. No seas tan *border* pues, dijo, ¿por qué mejor no ser Nicolas Cage? Ya sabes, él también sale en *Con Air* pero es mucho más churro. Además a ti te encanta *Leaving Las Vegas*. La miré de reojo. Aquello de *Leaving las Vegas* había sido un golpe bajo. ¿Qué planeaba esta mujer? ¿Acaso iba a disfrazarme como Nicolas Cage en *Con Air* y a cogerme como si fuera un ex presidiario que lleva cinco años sin follar? Claro, supuse que no tenía gracia para ella revolcarse con el pobre de Buscemi. Me lo tomé como una afrenta personal. Bueno ya, cedió. ¿En qué otra película aparece aquel hombre tan feo? Creo que en *Fargo*, le dije desinteresado, y también tiene un papel chiquito en *Historias de Nueva York*. Ah sí, y creo que también le vi en *Armageddon*, completó ella.

Yo no tenía ni idea. No había visto el maldito *Armageddon*. Seguimos caminando pero ahora nos habíamos soltado de las manos. Avanzábamos entre la gente como un par de desconocidos. Al rato ella volvió a tomarme la mano y le dio un beso en el dorso. Luego se recostó sobre mi hombro y cuando yo había liberado todas mis defensas soltó el nuevo zapato. Ok pues, ¿qué otro actor te gustaría ser, digamos, si no pudieras ser Steve Buscemi? Sentí como una descarga eléctrica en el orgullo e involuntariamente le solté la mano. Yo mismo me asusté de mi reacción. No tenía intención de pelear. Solo quería llegar a casa, preparar algo y echarme junto a ella a ver la tele. No quiero ser otro actor, le dije tratando de sonar calmado. Pero de pronto había recordado a El señor Rosa y algo estaba cambiando en mí. Pensé ¿por qué no mencioné *Reservoir Dogs* entre las películas en que aparece Buscemi? Era mi favorita. Una película de unos malditos *gangsters* que asaltan una joyería. Para efectos del asalto, a cada uno le dan un sobrenombre. Harvey Keitel era El señor Blanco; Tim Roth, el Señor Naranja; Michael Madsen, El señor Rubio; Tarantino era el señor Marrón y a Buscemi le había tocado ser El señor Rosa. Había protestado por supuesto. ¡Señor Rosa suena a Señor Coño!, decía. ¡Déjenme ser El señor Morado! Pero no se podía. El Señor Morado había sido parte de otro asalto. Tendría que ser El señor Rosa para evitar confusiones. Al final un tipo le había dicho que no hiciera tanto problema: ¿qué rayos importaba ser El Señor Azul, el Señor Rubio o el Señor Marrón? Era solo un jodido sobrenombre. A lo que Buscemi había dicho: “Es fácil para ti decirlo. ¡Tú no eres el maldito Señor Rosa!”. Uno de los mejores diálogos que yo había escuchado en mi vida.



Hubiese querido explicárselo todo. Tal vez lo hubiese entendido y me hubiese dejado de joder. Pero no me dio por allí. Estaba igual que Buscemi. Me sentía como el maldito Señor Rosa atravesando la ciudad con aquella niña bonita de la mano. Ya me había metido en el personaje y no podía salirme. ¿Quién carajo es esta mujer?, pensaba a ratos. De pronto me detuve y le dije: ¡¡¡No quiero ser El Señor Coño!!! Un par de viejos voltearon a mirarnos. ¿Quééééé?, dijo ella. ¡El señor Coño! No quiero ser el jodido Señor Coño. ¿Quién es el señor Coño?, preguntó. Pero ya era demasiado tarde para explicárselo. Me puse a caminar. Ella me seguía. Yo iba hablando solo. Puedo ser el Señor Marrón perfectamente, el Señor Blanco, o el maldito Señor Azul pero ya nunca más el Señor Coño. Tú me has convertido en El Señor Coño con tus jodidas preguntas de Cosmo y tus viajes al supermercado. Ella no entendía nada y aún así yo seguí diciendo un montón de idioteces más y para cuando llegué a la puerta de mi casa y me di la vuelta, ella ya no estaba allí. Me senté en la escalera y la vi dando la vuelta a la esquina. Saqué una de las leches chocolatadas que habíamos comprado y me puse a pensar mientras le daba ligeros sorbos a la cajita. La cólera se iba desvaneciendo lentamente. ¿Qué había sido todo aquello? ¿Qué mierda había pasado? Traté de recordar el resto de la película. ¿No era acaso El Señor Rosa el que había logrado sobrevivir hasta el final? Tal vez después de todo no estaba tan mal ser el maldito Señor Rosa. ¿A quién mierda le importaba ser un gran villano con un gran nombre si al final te quedabas solo en la puerta de tu edificio bebiendo leche chocolatada? Me miré el dorso de la mano y aún sentí su beso como una pulsación. Era cierto. A ratos me preguntaba

quién carajo era esa chica que me hacía preguntas de Cosmopolitan y me llevaba al supermercado, pero generalmente se estaba muy bien con ella. Me terminé la leche chocolatada y cuando calculé que ella ya había llegado a su casa la llamé desde mi celular. No contestaba. No contestó las primeras diez timbradas. Cuando por fin contestó, no dijo nada. Solo se quedó allí muda al otro lado de la línea. Entonces no sé qué fue lo que me dio y me puse a cantar la canción de *Con Air*. *He's got the whole world in his handddd. He's got the whole wide world, in his hand.* Lo repetía una y otra vez: *He's got the whole worldddd in his handddd.* Me hizo hacer el idiota un buen rato. Finalmente ella también comenzó a cantar conmigo. Todo era como la escena de *Con Air* con la niña y el asesino. Eres un idiota, me dijo mientras yo seguía cantando. Colgué el teléfono y fui hasta su casa. En el camino aún seguía cantando la canción. Me dejó entrar y estuvimos viendo la tele y preparando pop corn. Era raro porque todavía estábamos como enojados y no nos hablábamos mucho. Más tarde, cuando estuvimos echados en la cama con las luces apagadas me empecé a imaginar a mí mismo como Steve Buscemi. Un hombre feo, tan feo como un muerto fresco, pero encantador. Sí, dije, soy el maldito Señor Rosa. Entonces ella me tomó de la mano en la oscuridad. Temblaba un poco, como si yo realmente fuese Garland Green, el mutilador de Ohio. Entonces nos pusimos a cantar *He's got the whole world in his hand* un buen rato y luego hicimos el amor pensando en aquella niña y el psicópata. Fue casi como estarnos estrangulando mutuamente. Supongo que suena un poco enferma la cosa. Pero fue así como sucedió. Y estuvo muy bien. Vaya, de veras estuvo muy bien.

## Ábrele la puerta a papá

—¡Abre la puerta que ya llegó mi papá! —gritó mi hermana desde su cuarto y desperté sobresaltado.

—Ohhh rayosss —dije, mientras desde mi cama asomaba la cabeza y veía la sala—. ¡Pero este lugar está como si le hubiese caído un maldito meteorito!

Cynthia insistía.

—¡Mi papá está tocando el timbre desde hace rato!  
¡Abre la puerta!

Y yo recordaba la fiesta.

Recordaba por ejemplo que de un rato a otro hubo gente que no conocíamos y que se pasaban las cervezas y dejaban caer porquerías al suelo.

Mi hermana no paraba de insistir con lo de mi padre.

Y yo veía la casa.

—No puedo abrirle —le dije— ¡hay miles de botellas regadas por el suelo!

—Va a ser peor si no le abres —dijo.

Mi papá tocaba el timbre muchas veces. Vive en otra ciudad y viene a visitarnos de cuando en cuando para ver si no hemos acabado con nuestras vidas.

—Ayer tu amiga Isabel me dijo muchas cosas.  
—¿Qué cosas? —preguntó mi hermana desde su cama.

—¡Rayos! Me decía que yo era su modelo a seguir y que me adoraba y cada dos segundos nos íbamos a mi cuarto a programar la música.

—¿Y su enamorado?

—¡Rayos! Su enamorado. Ya lo puedes imaginar.

Mi padre tocaba el timbre y yo me lo proyectaba con sus maletas afuera del departamento.

—¡Oye! —gritó mi hermana— ¿Ya abriste?

—¡No puedo abrirle! ¡Hay miles de botellas regadas en el suelo! ¿No comprendes?

Hubo silencio por unos segundos.

—¿Qué más te dijo Isabel?

—¡Cosas locas! Decía que todos los hombres somos unos salvajes y luego me tocaba el cabello. Metía sus dedos dentro. Tú sabes, dentro de los rulos, era medio pornográfica la cosa.

—¡Rayos! —dijo mi hermana (utilizábamos mucho la palabra “rayos”, pensábamos que expresaba bastantes cosas).

Caminé hacia la puerta y vi la sala y la cocina. Había cojines tirados en el suelo, vasos, algunos libros.

—Esto es un antro. ¡Mi papá no puede ver esto!

Todo lo decía junto a la puerta de modo que igual papá podía escucharlo y ya debía tener una buena idea de lo que habíamos hecho con su casa. Yo tenía la mano en la manija a punto de abrirle.

—Ábreme hijo —dijo papá.

—¿Qué más te decía Isabel? —preguntó mi hermana.

—¡Decía muchas cosas!

—Isabel tiene un botón de autodestrucción cuando bebe. ¡No puedes tomarle en serio!

—¡Ábranme hijos! —insistió mi papá.

—¡Ábrele oe! —dijo mi hermana.

Podía escuchar los pasos de mi papá. Miraba las botellas de cerveza tiradas sobre el suelo. Estaban dispuestas de una forma graciosa. Como si fueran personas que se habían quedado a dormir.

—Tu amiga se puso mi nariz de claun —dije.

Papá se había colgado del timbre.

—¿Qué carajo esperas para abrirle la puerta? —preguntó mi hermana. Había salido de su cuarto y me miraba desde el pasadizo.

—Se puso mi nariz de claun y me tocaba el cabello.

—Esta huevona. ¿Y su enamorado?

—¡Hijo abre la puerta! —insistía mi papá—. No voy a matarlos si han hecho una fiesta.

—Mi papá dice que no va a matarnos.

—Lo estoy escuchando —dijo mi hermana—. ¿Por qué no le dejas entrar de una buena vez?

—Abre la puerta hijo.

—Tu amiga Isabel es muy graciosa.

—No puedes tomarle en serio cuando tiene tanta cerveza encima.

—¿Te acuerdas de los chicos de la calle que invité a subir?

—Claro que me acuerdo.

—Me miraron como si acabara de regalarles un Ferrari. Dijeron que no mucha gente los invitaba a entrar a sus fiestas.

Papá se puso a darle cabezazos a la puerta.

—Mi papá está muy loco. Le está dando cabezazos a la puerta.

—¡¡¡¡ÁBRELE!!!!

—Isabel se puso mi nariz de claun y luego me preguntó que por qué había dejado entrar a esos chicos.

—¿Y por qué los dejaste entrar? —preguntó mi hermana.

—Porque no mucha gente los invitaba a entrar a sus fiestas —respondí—. A mí me gustaría que me invitaran a pasar a más fiestas.

—¿Y qué dijo Isabel?

—Isabel se puso mi nariz de claun y me preguntó que cómo se usaba y yo le dije que solo había que ponérsela y exagerar un poco.

—¿Cómo exagerar?

—Pues ya sabes. Hay que llevar hasta el límite una actitud de tal modo que se vuelva graciosa.

—¿Ah?

—Pues eso —dije.

—¿Y qué hizo Isabel?

—Creo que intentaba imitar el sonido de un gato.

—¿Qué?

—Sí, pero no le salía bien.

—¿Y luego?

—Luego dejó lo del gato y me olfateó.

—¡La muy zorra! —gritó mi hermana.

—Al rato entró su enamorado y la vio allí conmigo  
¿Cómo se llama?

—Jorge.

—Bueno, él. No le hizo mucha gracia el asunto y se la llevó del brazo.

Tras la puerta mi papá parecía haberse calmado. En eso sonó el teléfono. Mi hermana y yo miramos el aparato sobre su mesita. Levanté el auricular y dije aló.

—¿Quién es? —preguntó mi hermana.

—Es mi papá.

—¿Qué acaso ya no está en la puerta?

—Sí, allí está y nos está llamando de su celular.

—¿Qué dice?

—Dice que le abra la puerta.

Miré hacia abajo. Había un libro de autoayuda tirado en el suelo. No tenía la tapa y se veía el índice con la lista de capítulos. El primero decía así: “Usted puede aprender a ser una persona normal”.

Avancé hacia la puerta. Giré la perilla y al abrir la puerta vi a mi papá con sus maletas. Estaba despeinado y con arrugas en la camisa. No era su culpa. Es un viaje de quince horas y además cuando llegas al terminal nunca sale agua de los caños. A veces ni siquiera hay un jodido espejo.

—Hola hijo —saludó mientras apoyaba sus cosas en el suelo.

—Hola papá —contesté, y luego mi hermana también dijo:

—¡Hola papá!

Nos abrazamos emotivamente. Luego sacó de su maletín una torta que nos había mandado mi abuela y nos sentamos a desayunar.

—Han tenido una fiesta ayer —dijo mientras con dos dedos extraía un durazno de la cobertura de miel de la torta.

Mi hermana le dio un sorbo a su jugo de papaya.

—Sí, pero nada espectacular —contestó.

—Nada espectacular —confirmé yo y con la mano derecha corregí cariñosamente un mechón de pelos que le caía por la frente.

## Chicles

Entré al baño y la encontré quitándose las pantimedias. Su pierna derecha hacía un arco contra el lavatorio. Me miró y siguió con lo suyo como si mi presencia no la molestara en absoluto. Nunca me gustó que me viera así, como alguien inofensivo. Habíamos tomado bastante, y la verdad es que en ese momento ninguno lo vio de forma maliciosa, total, solo se estaba quitando las pantimedias, ¿verdad? Y bueno aunque yo nunca, y se los juro, nunca me hubiera atrevido siquiera a mirarla con malicia, me molestó que ella lo supiera, no sé por qué, vamos, supongo que porque soy un chico ¿no?, y debió darle vergüenza, es decir, no soy cura ni gay, pero ella me sonrió y siguió quitándose las pantimedias tan tranquila. Después las metió en una de las gavetas de mi baño, me dio un beso en la mejilla y salió a la sala a seguir bailando. Lo del beso fue el colmo, es decir si Carlos o André hubieran entrado los hubiera sacado del baño a zapatos, pero entro yo y ahí seguimos todos tan contentos. Y Mada tiene unas piernas que lo dejan a uno con la sensación de querer bailar lambada y de masticar un bubaloo, pero ella me mira y se sonríe y sigue con lo de las pantimedias, que

de arranque se me quitó la borrachera. Yo sé que Carlos o André se hubieran mandado con alguna de sus brutalidades, sí, ya los puedo ver con la boca estirada sorbiendo saliva con un ruido estruendoso y la mirada clavada en la lambada. De repente hasta ella hubiera preferido que yo le dijera algo a que me quedara ahí callado, pero terminó con lo de las pantimedias y se largó a seguir bailando, y ni siquiera me dice vamos a bailar ni nada, me da un beso en la mejilla como si yo fuera la abuelita, que me dejó sin borrachera y sin lambada. Francamente, le digo a Jorge, no se puede, acompáñame a comprar un bubaloo. Y él preguntando que por qué quería bubaloo, que él tenía chiclets Adams, y es que me lo llevé como a cinco cuadras de la casa a buscar el bubaloo porque no encontrábamos y no podía quedarme con los chiclets Adams porque eso era como ver a la profesora de historia quitándose las pantys. En cambio Mada era como un bubaloo, porque el bubaloo es así tan, no sé, provoca morderlo, y no es que me provoque morder a Mada, bueno en realidad sí, pero la cosa es que al fin encontramos bubaloo y me compré la caja completa que traía cincuenta bubaloos y Jorge, que ya de paso me tenía aburrido con sus chiclets Adams se quedó cojudo cuando me vio salir de la tienda con la caja de bubaloos y tuve que ponerme a explicarle todo este rollo de que los bubaloos me hacían recordar a Mada y la verdad yo creo que no me entendió un carajo porque siguió comiéndose sus chiclets Adams y yo me lo imaginaba sentado sobre su cama viendo cómo la profesora de historia se quitaba las pantys y francamente me daba una cosa que me metía los bubaloos de tres en tres a la boca.

Regresamos a la casa y nos quedamos sentados en el jardín de afuera. ¿Te acuerdas Jorge de esa vez que me dijiste que Gabriel le había contado a Mada que yo me moriría por ella? ¿Te acuerdas? Jorge me miró y se empezó a cagar de risa. Sí, me acuerdo, dijo. ¿Y por qué te ríes?, le dije, porque francamente ¿de qué se reía?, es la fiesta de graduación en mi casa y Mada que viene y se quita las pantys y me hace caminar cinco cuadras por unos bubaloos y le pregunto a Jorge que si se acuerda de eso y se caga de risa. ¿Tú estabas allí cuando él le contó no?, le pregunté así como haciéndome el desinteresado. Sí, dijo, yo estaba allí. ¿Quieres saber que respondió Mada cuando le contamos? ¡Claro que quería saber, animal! En primer lugar, ¿quién les dio derecho de declararse por mí? Y encima, ¿cómo demonios se lo habrían dicho? Ya me los imagino. Mada, ¿quién te gusta? Básico, seguro que eso le habían preguntado y luego: porque nosotros conocemos alguien a quien le gustas. Y claro que era yo, ¿quién más iba a ser si Gabriel y Jorge eran mis únicos amigos? Por supuesto que quería saber qué les había dicho ella, al menos eso me debían, ¿no? Pero no te molestes, mira, no te ofendas. ¿Sabes cómo nos dijo? Dijo que tenía un perrito de peluche que era igualito a ti. La verdad yo nunca he visto un perrito de peluche que se parezca a ti hermano, pero ella nos dijo así y Gabriel dijo que mejor no le preguntábamos más. ¿Sabes Alex?, hay perritos de peluche que son bien graciosos, mi hermana tenía uno que cuando le jalabas la cola movía la pata, se lo trajo mi mamá de Miami, es bien gracioso, te lo voy a traer algún día para que lo veas hermano, le jalas la cola y vieras como mueve la pata.

Subí las escaleras y entré a la sala. La música estaba alta y habían apagado todas las luces. Aun así pude ver a Mada en el sillón de la esquina. Me acomodé junto a ella y sentí que nada más importaba. Cuando la mujer que te hace comprar una caja de bubaloos a las tres de la mañana te compara con su perro de peluche todo ha terminado. Realmente Mada ¿te recuerdo a tu perro de peluche? Se la solté de frente. Mira Mada, no me importa si tienes un perro de peluche que mueve la pata cuando le jalas la cola pero a mí no me vas a comparar con ningún puto perro, ¿oíste? Así le dije, en serio, y creo que seguí por media hora más hasta que me di cuenta de que estaba dormida. Me quedé mirándola un buen rato, luego, revisé la caja de chicles y vi que solo quedaban tres. Me los metí a la boca, los mastiqué por unos cinco minutos, saqué la masa pegajosa y se la pegué en la cabeza. Luego me fui a dormir y en la madrugada me dieron ganas de tener cola para poder moverla.

## Incendiar el colegio

A Alain no le importó mucho ver su cuaderno de poemas hecho mierda en el suelo del salón.

—Es como un *déjà vu* —dijo mientras salía—. Además, escribo hasta el culo.

El asunto era que escribía mejor que cualquiera de los salvajes de ese colegio y por eso tuve que partirle la boca a Iván que fue el primero en lanzar su poemario al suelo. Luego me cayeron encima los demás. Alain ya estaba lo bastante lejos como para escuchar que en el salón me estaban reventando a patadas. Me lo encontré luego por las pistas de atletismo y jamás se dio cuenta del polvo y las manchas de sangre en mi camisa.

—Siempre sueño que Laura destruye mis poemas —dijo explicándome lo del *déjà vu*—. Cuando tiraron el cuaderno al suelo y lo empezaron a escupir era como si eso ya hubiese pasado antes. Además si lo hacen ellos, ya sabes, es menos duro.

Nos sentamos en las tribunas del campo de fútbol. Estudiábamos en un colegio lleno de maníacos pero al

menos teníamos un campo de fútbol decente. Uno podía sentarse allí y difícilmente alguien venía a hacer de cretino. Era la hora del recreo. A lo lejos, los patios de primaria y secundaria estaban repletos de alumnos que compraban porquerías en el kiosco o que les robaban a otros las porquerías que se compraban en el kiosco.

—En momentos como este me gustaría saber fumar —dijo Alain—. Dime que no le vendría bien un cigarro a esta escena.

—No sé mucho de cigarros Alain —dije—, pero creo que a esta escena le vendría bien que incendiemos el colegio con todos dentro y luego nos largásemos a caminar por Lima.

Nos quedamos callados mientras soñábamos con la idea.

—¿Laura tendría que incendiarse también? —preguntó finalmente Alain.

—¿Crees que quiera acompañarnos? —pregunté yo.

Alain se quedó callado. Luego soltó una piedrita que tenía en la mano.

—Me jode cuando dices las cosas de frente. “¿Crees que quiera acompañarnos?” —dijo imitándome. Estaba molesto.

—Creo que vamos a tener que incendiar el colegio con Laura adentro. Estás demasiado jodido. Cuando escribiste el primer cuaderno de poemas estuvo bien. Pero llevas ya casi...

—Tres. Ya sé —dijo.

—Tienes que decidir si quieres ser el próximo Vallejo o el maldito tipo que detenga a Laura a mitad del patio y le diga: ¡OYE!, ¿qué no ves que te amo?

Alain se tiró sobre el pasto de la cancha y comenzó a revolcarse de la risa.

—“¡OYE!, ¿qué no ves que te amo?” —decía imitándome—. ¿Esa es tu idea de una declaración? “¡¡OYE!!, ¿qué no ves que te amo?”, ¡ja ja ja!

Luego de eso nos quedamos callados. Creo que estábamos un poco molestos el uno con el otro y cuando eso sucedía nos quedábamos callados hasta que se nos pasaba.

Sonó el timbre de fin de recreo y nos echamos a caminar hacia el salón. Teníamos clase de historia. En realidad teníamos examen y yo no había estudiado nada. Yo sabía que Alain sí había estudiado; sin embargo no estaba de humos para pedirle un resumen de la Revolución Francesa así que solo seguimos caminando.

—Fue en 1789 —dijo Alain al cabo de un momento.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—La revolución pues, animal —dijo. Hizo una pausa y luego empezó a decirme un montón de cosas acerca de Robespierre y María Antonieta decapitada ante la mirada de miles de franceses hambrientos. Habló de Versalles y de los bailes en el palacio, tan seguro que me pregunté si realmente todo eso lo había leído del libro de Historia o lo estaba inventando.

Siguió hablando mientras caminábamos por los pabellones hasta que clavados en las carpetas, sacamos lapiceros y hojas. El profesor acababa de entrar. Me puse a dibujar un colegio en llamas sobre la carpeta. Laura volteó y dijo



## This side up

que no había traído lapicero. Alain le dio uno. Laura lo tomó y Alain volteó a mirarme un poco acostumbrado a que yo comprendiera todo.

Bajo la pata de su carpeta vimos una hoja del poemario destrozado. Estaba llena de barro y escupitajos. Una enorme huella de zapato tapaba las últimas líneas. Alain recogió el poema y estiró la hoja hasta mi carpeta.

—Toma, cuídalo, probablemente sea mi último poema —dijo. Luego de eso dio dos golpecitos en la espalda de Laura. Dos suaves golpes como si estuviese tocando las teclas de un piano. Ella regresó a mirarlo.

—Marco y yo vamos a incendiar el colegio mañana. ¿Vienes con nosotros?

—Claro —contestó Laura— y volvió la vista a su examen mientras el profesor escribía en la pizarra el número uno, un punto, el guión y luego la pregunta: ¿Cómo murió María Antonieta? Todo en letras tristes y delgadas.

Estoy tirado de brazos abiertos sobre el colchón, al medio de mi sala vacía. Es sábado y según puedo recordar ayer di una fiesta de inauguración en esta nueva casa. Hay decenas de chapitas de cerveza consteladas sobre el parquet. Las chapas y el colchón son lo único que existe en mi sala. Sobre el colchón estoy yo, de brazos abiertos. Estoy tratando de pensar en cómo hacer para que los señores de la mudanza se desvíen y nunca lleguen aquí con los muebles. Tampoco quiero el televisor ni aquellos asquerosos cuadros. He llamado a la compañía y me han dicho que no pueden quedarse con mis cosas. Les he pedido por favor que les pregunten a los señores que cargan si ellos las quieren. Juro que lo he pedido por favor. Me han dicho que no es parte de su política hacer eso.

Estoy imaginando al camión de mudanzas viajando con los paquetes por las principales avenidas de Lima bajo la luz del mediodía. La gente de los otros carros podrá distinguir la cabecera de mi cama llena de tontos *stickers*. Sin embargo, para ellos solo será una cabecera más de una cama cualquiera. La gente de los otros carros verá mis cajas de

libros, el viejo armario y la bicicleta anaranjada, pero para ellos solo serán una caja, un armario, una vieja bicicleta y nada más. Estoy pensando en todo ese pasado volviendo hacia mí a ochenta kilómetros por hora como uno de esos amigos insoportables que nunca se largan. He vuelto a llamar a la compañía y les he pedido que lo dejen todo abandonado en alguna parte. Han pensado que estoy tomándoles el pelo y se han portado muy mal conmigo. Finalmente han repetido que eso no es parte de su política. Les he dicho que me cago en su maldita política. Han colgado el teléfono. Sospecho que no por eso dejarán de traer todo hasta aquí.

Ayer invité a algunos amigos a que conocieran la nueva casa. Todos estábamos tirados sobre los colchones, que era lo único que había podido traer adelante. A nadie se le ocurrió preguntar por las sillas, los cuadros o el espejo. Pasábamos las cervezas y las bebíamos. Nos mirábamos y asentíamos con la cabeza. Sonreíamos. Nadie hablaba de las sillas o de los muebles o de los tontos cuadros. Ahora absolutamente todo viene en camino dentro de ese camión de mudanzas y estoy preguntándome si de veras hace falta.

He salido de casa y me he ido a esconder a una esquina desde donde puedo ver la puerta del edificio. Los hombres dijeron que llegarían a la una de la tarde. Faltan unos minutos para eso. He estado jugando con unas piedritas. El camión se acaba de estacionar frente a mi casa. Son dos hombres. Uno lleva unos papeles en la mano, el otro toca el timbre. Después de un rato parecen preocupados y vuelven a meter el dedo en el timbre, esta vez con más fuerza. Estoy en la esquina mirando esas cajas que yo mismo sellé. Hay una que tiene unas cartas y unas fotos que me ponen muy

triste. Está la bicicleta con la que voy hasta la laguna de los patos a ponerme triste y está también mi enorme cama del insomnio. Los hombres parecen confirmar el número de la casa en sus papeles y vuelven a tocar mi timbre. Estoy pensando que pronto se aburrirán y dejarán de tocar. Probablemente mañana vuelvan, pero entonces volveré a esperarlos en la esquina. Algún día se darán por vencidos y se llevarán todas esas horribles cosas a algún lugar lejos de aquí. Cuento con eso. Realmente estoy contando con eso.

## El indeseable

Deben ser las diez de la mañana. Con suerte, al tomar el desayuno, no me toparé con mis padres que a estas horas ya deben estar camino al trabajo. Últimamente ya no me soportan. Y no es que yo sea una especie de sujeto indeseable. La verdad es que mi único problema es no haber salido nunca de su casa. En este mismo cuarto dormía cuando era del tamaño de una sandía. Esta es la misma cama que meaba a los ocho años, la misma ventana llena de *stickers* de héroes de televisión que ya no admiro, la misma vista a las casas de mil vecinos que uno a uno se fueron largando de aquí. A mí todo esto no me parece algo tan horrible; sin embargo, por las miradas de papá y mamá me he dado cuenta de que para ellos vengo a ser poco menos que uno de esos gusanos verdes del choclo. Y esto último del gusano lo digo por supuesto utilizando palabras ajenas. Tengo mucha simpatía por ellos y en realidad por cualquier tipo de bicho inofensivo. Cuando era niño y aún me rodeaba de la admiración y esperanza de la familia, me emocionaba ver que habían regresado del mercado con algunos choclos. Entre las protestas de mi madre, salían volando por los aires pancas y

## Cómo ganar un millón de dólares

cabellos rubios hacia el suelo de la cocina. Hasta que finalmente aparecía, escondido entre dos hileras de dientes blancos y lechosos. Tan verde como un loro en un concurso de canarios. Un gusanito. Lo colocaba en una caja de zapatos alfombrada con pancas, le tiraba doscientos mil granos de lo que había sido su casa y luego lo cubría con la madeja de cabellos para que no se escapara tan fácilmente. Nunca supe si el gusano se la pasaba bien pero lo que sí recuerdo es que ninguno me duró más de dos o tres días. Un día regresaba y por más que buscaba entre los granos, las pancas y los pelos, el bicho ya no estaba allí. Tal vez tendría algo pendiente y se largaba. Supongo que mis padres piensan que yo también debería tener algo pendiente. Ya saben, esa inquietud tan peculiar en los chicos de mi edad que sueñan tantas cosas. No es que yo sea un sujeto indeseable. Por lo menos no más que un gusanito. A veces me pongo a pensar en algo que me motive a salir de aquí. De veras que lo intento. Sin embargo hasta ahora no se me ha ocurrido nada que tenga sentido o que por lo menos me guste. La verdad por ahora lo único que espero es que cuando despierte sean ya las diez de la mañana. Me gusta mucho el amanecer, aquel celeste tan puro y frío. Pero no saben qué alivio despertarse y sentir que ya son las diez de la mañana, y que mi desayuno debe estar enfriándose solitario en la mesa del comedor.

Cierto. No era mi asunto. Yo ni conocía al sujeto. Pero no por eso dejaba de sentir una horrible tristeza al proyectármelo en su casa acomodando con dedicación filas y filas de sanguchitos y empanaditas para su bonita reunión de cumpleaños; y ver a esa vieja, comprándole para regalo el libro más horrible de todo nuestro stock. Si uno se concentraba en la escena era para ir a tirarse del morro más cercano. Es una burrada que a uno le puedan joder la fiesta así tan impunemente. Planearte una broma vaya y pase, pero arruinar-te el cumpleaños con algo que tienes que agradecer es una pendejada tan grande como llevar de invitado un caimán y pretender sentarlo a la mesa con todos solo porque le has puesto un esmoquin.

Tendría que haberse tratado de alguien verdaderamente despreciable para merecer eso justo el día de su cumpleaños. Tal vez uno de esos sujetos que van al cine a ver *Corre Lola, Corre* y cuando salen piensan que los han estafado porque la película dura solo una hora. Les da lo mismo si la trama estuvo buena o no. Igual van a despotricar contra el boleterero, el gerente y la madrequelosparió exigiendo su

otra hora de diversión. Uno de esos cabrones de antología con los que andamos cruzándonos todo el tiempo. De otra forma no era justo que se le estuviera arrimando uno de esos libros a la cabecera de la cama. Ni se diga que no tenemos variedad acá en la librería. Por último hasta una de esas ediciones de 500 crucigramas hubiese estado mejor. Así por lo menos uno se puede entretener cuando se queda solo en casa mirando el techo. Pero ¡aquello! ¡Aquel libro! Vaya. Pobre hombre.

Como si fuera poca cosa, la mujer que estaba escogiéndole el regalo era tan grande como una pila de colchones y se desplazaba entre los estantes como un maldito tsunami. Nos ponía nerviosos. Les cuento todo para que vean la dimensión del asunto. El pobre Pedro tenía que pararse a cada momento de su banquito a recoger los libros que ella iba empujando con el culo. Hay gordas con gracia como las muchachas de Botero y hay otras como esta que van derribando el mundo al pasar. No se puede culpar a las calorías. Aunque sea difícil de imaginar, una chica de doscientos kilos puede ser de lo más graciosa. Yo por ejemplo invitaría a bailar a la Monalisa de Botero antes que a la de Da Vinci.

La mujer llevaba una media hora hojeándolo todo y Pedro ya había recogido la librería entera del suelo. Eran las nueve de la noche. Lo recuerdo porque a esa hora acaba mi turno en la librería. No sé por qué no me fui en vez de quedarme a hacer las de Sarita. Como que tengo genes de samaritano, o de idiota, pero el hecho es que nunca he podido evitar meter las narices en las felicidades ajenas. Allá lo que piensen ustedes. Yo siempre seguiré creyendo que los caracoles agradecen en lo más hondo de su concha que se

les ayude a cruzar la vereda que divide un jardín de otro. Mi abuela gritaba: ¡Ah, muchacho! ¡Déjalos que crucen solos! ¡A ellos les gusta andar así! Pero yo ya había sacado mis cálculos y con su velocidad y la cantidad de gente entrando y saliendo de mi casa las probabilidades que tenía el caracol de llegar entero al otro lado eran de una en nohayforma. Me resultaba imposible no cogerlo del caparazón y ponerlo del otro lado. Luego me quedaba pensando en que tal vez, de alguna bizarra manera, mi abuela tenía razón.

¿Qué rayos me importaban a mí aquel sujeto, su amiga y el bendito regalo? Estaba ya con la mochila a punto de salir. Iba al cine con Lorena. No sé si es importante contar esto pero la cosa es que yo estaba rechinando de alegría porque Lorena me gustaba mucho y llevaba cosa de diez años invitándola a salir. No saben lo feliz que estaba enrumbándome a mi encuentro en el preciso instante en que la vieja se acercó a Pedro y dijo: Necesito escoger un libro para un amigo. Paré la oreja. Siempre me da curiosidad ver lo que la gente compra. Si una chica que me gusta entra a la librería, yo ando siguiéndola todo el rato con la mirada para ver qué es lo que escoge. Soy un maniático insoportable. Si viniese la misma Madonna y se pusiese a hojear un libro de dietas juro que le empezaría a tirar clips o algo por el estilo. Me conozco bien. Tenía que haberme largado. Tenía que. Pero me quedé a hacer mala sangre.

—¿Qué les parece este? —preguntó la señora mientras nos chantaba un libro en las narices con tal convicción que parecía Moisés bajando del Sinaí con las tablas sagradas.

Aquel libro había llegado apenas esa semana. Trajeron doscientas copias porque, según dijo el proveedor, era

un libro maravilloso. Daba rabia no más ver como lo decía: “Maravilloso”. Se notaba que era porque les había dado una burrada de plata. Los trajeron hasta con un estantito propio. Un mueblecito de madera con bordes dorados (una cosa muy repugnante como todas las cosas que tienen bordes dorados). Cierta vez me regalaron un reloj de pared con un detalle de aluminio amarillo alrededor. Como en casa se necesitaba el reloj, no hubo más remedio que colgarlo, no sin antes despojarlo de su franja dorada a punta de alicatazos. Ya se imaginarán cómo se puso la persona que lo había regalado cuando vio el aparato sin el lujoso bordecillo. Después de una diplomática discusión acerca de las cosas doradas se trepó a una silla y salió indignadísimo de casa llevándose bajo el brazo nuestro reloj. Nos sentimos apenados porque ya nos habíamos acostumbrado a ver la hora. Por eso digo que a veces la gente no entiende que a uno no le gustan las cosas doradas.

Bueno, pero les estaba hablando del estante del libro. El borde dorado no era lo más detestable del mueble. En lo que vendría a ser el respaldar (que miraba directamente hacia el mostrador, atendido por mí o por Pedro, según el turno) estaba impresa la cara del autor. El tipo estaba tan maquillado que hubiera ganado sin problemas el primer premio en un concurso de vitrales. Desde el día en que instalaron el dichoso estantito con las doscientas copias encima anduve de malas. Apenas un cliente se le acercaba yo empezaba a tratarlo mal. Verán, nuestra librería tiene aquellos focos con regulador de intensidad. Cuando alguien abría el libro yo le bajaba la luz y les decía que eran fallas causadas por el cine que estaban construyendo en el segundo piso. No había tal

construcción pero la gente anda creyéndose todo lo que uno le suelta, así que a veces vale la pena probar.

—Es un buen libro, señora —dijo Pedro.

A lo que ella respondió con la orgullosa nariz erguida casi hasta tocarse los omóplatos.

—Sí, ya lo sé. Me lo han recomendado muchísimo. —Y luego agregó—, la verdad, solo tengo un poco de duda porque necesito un libro para hombre y no sé si este sea apropiado para un hombre como de treinta y pocos años. ¿Usted qué piensa?

Dejé caer mi mochila y supe que el cine y Lorena iban a tener que esperar. Por favor alguien podría explicarme ¿cómo rayos es un libro para un hombre como de treinta y pocos años? Juro que casi le atizo con la Enciclopedia Británica en el parietal. “La sección de libros para hombres de treinta a cuarenta años está allí señora, entre la de abuelos ortodoxos y la de niños talla seis”. ¡La vieja se las traía todas! Decidí quedarme. Tenía que haber forma de impedir tamaña barbaridad. Tal vez piensen que exageré pero la verdad es que a mi gusto el asunto era gravísimo. Además me lo tomé personal porque recordé a esos amigos de mis padres que venían a mi fiesta de ocho años y me traían una camisita porque yaerestodounhombrecito. ¿Qué carajo les pasaba? ¡Una camisa a un niño de ocho años! Eso solo puede venir de un salvaje. Y lo peor es que son los mismos que cuando cumples dieciséis vienen y te regalan un condón. Los mismos que dan electrodomésticos en el día de la madre. Cabrones de concurso, de puro pedigrí. No me pongan uno delante.

Me fui a recorrer todos los estantes y en dos segundos estuve nuevamente parado frente a Pedro y a la señora

con un montón de libros entre los brazos. Estaba dispuesto a morir fusilado con tal de que la vieja escogiera otro. Como les dije, soy un tipo insoportable.

—¿Qué tal este? —pregunté mostrándole una antología de cuentos de Ribeyro.

La señora puso cara de haber comido muchos mariscos. No conocía el libro y al parecer la cara de Julio Ramón no le parecía como para regalo.

—Verá —dijo—. Mire nomás esa portada, ¿cómo voy a llevar eso a una fiesta?

Creo que mi siguiente intento fue con *La Náusea*. No crean que fue a propósito. En serio me había gustado aquel libro.

—Usted me está tomando el pelo —dijo la vieja mirándome ofendida hasta la última vértebra—. ¿Pero cómo se supone que yo regale un libro con ese nombre? ¿Está usted loco? —Pedro aguantaba la risa.

Intenté disuadirla con tanto libro se me puso por delante. Recorriendo estantes fui de poesía a ensayo, de Macedonio a Babilonia, de heraldos a cronopios; pero nada parecía remediar aquella horrible mueca de niña terca. Cuanto más libros yo le mostraba, más apretaba entre sus infranqueables dedos aquel asqueroso ejemplar. Cuando estuve a punto de enseñarle unos recetarios de cocina tailandesa, Pedro puso su mano sobre mi hombro.

—Olvídalo —me dijo, casi solidarizándose con mi indignación—. La señora se va a llevar el otro.

Hay veces que a la gente no se le puede hacer entender lo repugnantes que pueden ser las cosas con bordecitos dorados. Se va a llevar el otro, dijo Pedro y ya todo estuvo

perdido. La vieja había entrado nada más que a derrumbarnos la librería entera con el rabo. Venía por “aquel” libro y no iba a salir con otro que no fuera ese. Yo estaba hecho una betarraga de puro odio. Para colmo eran ya como las nueve y treinta. Lorena con seguridad se habría vuelto a casa y tardaría diez años más en darme otra cita. Tal vez veinte. A un hombre le iban a joder la fiesta esa noche y habría mil niños recibiendo camisas en su cumpleaños de ocho años, dos mil madres estrenando licuadoras, un millón de abuelas amontonando mantitas e infinitas fábricas empaquetando más camisas, licuadoras y mantitas.

—Para regalo, por favor —dijo la vieja mientras me extendía el libro y señalaba con el meñique un papel de regalo rojo adornado con lujosos bastoncitos (sin duda, el más horrible de todos los que teníamos). Yo creo que no fue casualidad que tuviera un alicate a la mano justo cuando se me puso delante el dichoso reloj del que les hablé antes. No pudo haber sido casualidad.

—Para regalo —dijo la vieja y soltó el libro entre mis manos antes de irse a derrumbar más cosas con el culo mientras esperaba. No pudo ser casualidad tampoco esta vez. No pudo serlo porque la vieja ya no me estaba mirando y solo quedábamos el libro y yo. Pedro estaba atendiendo a otro cliente muy lejos del mostrador. Solo el libro, yo y tantos otros libros. Cientos de libros, tan parecidos en grosor, peso y tamaño al escogido. Yo y un trozo de papel regalo.

Lo tuve listo en dos segundos. Se lo puse entre las manos y apenas la vieja tuvo el paquetito salió como si se le fuese a enfriar. Ni siquiera lo miró. Afuera la esperaba un Mercedes amarillo. El chofer le sonrió como si no hubiese

demorado más que un minuto. Cerró la puerta tras ella y al instante el carro se perdía en una calle cualquiera. Levanté mi mochila del suelo, me despedí de Pedro y salí disparado a ver si Lorena aún me esperaba en el cine.

No estaba. Hay gente a la que no le gustan las cosas doradas y hay otros a los que no les gusta esperar. Es comprensible. Igual entré a ver la película. Había que celebrar la hazaña. Era una película muy tonta en la que una especie de marsupial gigante invade la ciudad. No puedo negar sin embargo que estaba divertida, como los libros de crucigramas. Ya ni me acordaba de la vieja derribamundos. El bicho no parecía tener la culpa de nada pero estaba más hambriento que una termita y, como era enorme, sin querer lo destruía todo. Me caía bien. Tenía aspecto simpático. A los diez minutos de comenzada la película ya había armado un relajo alucinante en la ciudad. Luego un grupo de jets lo mataba con una especie de lanzallamas gigante. El pobre animal había quedado patas arriba en medio de la calle echando humo de su pelaje chamuscado. La gente estaba celebrando alrededor, loca de la alegría. Lo gracioso fue que aquel bicho tenía mamá. En todas estas películas siempre el bicho tiene una mamá. ¿No se han dado cuenta? La señora madre, que por cierto estaba bastante más grandecita que el hijo, se apareció con cara de querer comerse a toda la gente. Estaba tan entretenido que ni siquiera me di cuenta de que mi teléfono estaba sonando. La bestia hacía muchísimo ruido y la gente que había estado celebrando alrededor de la cría muerta ahora corría despavorida. Era una película divertidísima y apenas estaba por la mitad. El teléfono volvió a sonar. Fue

desagradable tener que dejar la película justo en ese momento porque la mamá ya empezaba a devorar lo que se le ponía delante. Los teléfonos celulares son probablemente la peor invención de los últimos años. De una bomba atómica hasta tienes posibilidad de escapar pero si cargas un teléfono celular a mano no hay infeliz que no te pueda ubicar a mitad de una buena película y decirte que vayas inmediatamente a la librería.

No crean que no sospechaba de qué se trataba. ¿Conocen las leyes de Murphy? Si una tostada con mermelada se cae, pueden estar seguros de que va a caer del lado de la mermelada. No había pierde. Ya me imaginaba a la vieja entrando a la librería hecha un castillo de fuegos artificiales y llevando el regalo cambiado entre las manos. Despotricaría primero contra el buen Pedro hasta que al pobre se le gangrenaran las orejas; luego vendría el gerente, y la vieja estaría agitando el libro entre las manos y gritando que era una desfachatez, qué clase de librería era esa, seguro que ha sido el otro jovencito, el loco, él ha sido, ¡qué desfachatez! Y entonces mi abuela habría tenido razón y me llamarían justo en el momento en que la mamá marsupial está a punto de comerse la ciudad entera y a mí no me quedaría nada más que sí señor, claro, voy para allá, y salir del cine, disculpen, con permiso y comenzar a correr hacia la librería.

Presten atención a esto. Para probar su ley, Murphy pensó que como todos los gatos caen siempre sobre sus patas, sería buena idea atar con una pita la tostada con mermelada al lomo de un gato (la mermelada mirando hacia arriba) y lanzarlos al aire. A ver cuál de las dos leyes prevalecía. Lo



que sucedió fue que el gato se las ingenió para girar, comerse la tostada en el camino, caer sobre sus cuatro patas y salir huyendo ante la mirada atónita de Murphy. Con esto pudo formular otras dos de sus leyes. Primera: Si algo tiene la más mínima posibilidad de salir mal, va a salir mal. Segunda: No importa cuán mal creas que va a salir algo, siempre puede salir peor de lo que creías. A lo que me refiero es a que, cuando llegué a la librería no solo estaba la vieja injuriando contra Pedro y mi jefe sino también el señor destinatario del regalo, que al parecer estaba tan furioso como ella. Los rodeaban, además, algunos invitados de la fiesta bien trajeados; y por supuesto, unos pocos notengonadamasquehacer que junto a los demás ya empezaban a reclamar mi presencia entre gritos y antorchas: ¡Qué se habrá creído!

—¡Ese es el jovencito! —gritó la vieja apuntándome con su horrible dedo de veinticuatro quilates a la par que toda su corte volteaba a mirarme—. Es él quien cambió tu regalo —dijo dirigiéndose a quien intuía era el cumpleaños. Un sujeto de apariencia joven vestido como si fuese el gerente general de la Vía Láctea.

—Acércate —dijo mi jefe amablemente mientras me hacía avanzar hacia él abriéndome paso entre algunos invitados que me miraban con rabia. ¿Por qué rayos no le hago caso a mi abuela? ¿Por qué ayudar a los caracoles a cruzar la vereda? Tenía que haberme largado cuando eran las nueve. Tenía que haberme largado cuando Lorena aún estaba esperándome en el cine moviendo el piecico impacientemente—. Esta señora dice que escogió un libro y que tú le envolviste otro. —Lo peor es que uno lo hace por los niños que reciben camisitas en su cumpleaños y por el buen

hombre arreglando filas y filas de sanguchitos y empanadas y luego resulta que jamás hubo filas de sanguchitos ni de empanadas porque el sujeto es efectivamente uno de esos cabrones de antología que regalan licuadoras el día de la madre y que ahora te interrumpe y grita.

—¡Mire esto señor! —extendiendo ante las narices de mi jefe un libro azul con el dibujo de un pequeño príncipe en la portada—. ¡Lo cambió por un libro para niños!

Entonces ya todos te odian exponencialmente mientras tú miras la mano de la vieja sujetando el libro que ella quería, el libro del estante de borde dorado. Todos los demás también llevan uno en la mano: los invitados, Pedro, tu jefe, Lorena, Murphy y hasta tu abuela diciéndote que dejes a los caracoles en paz. Lo estás mirando y se multiplican en tu cabeza libros que enseñan cosas. Cómo arreglar un Volkswagen, cómo tocar la flauta, cómo tejer chompas, cómo disecar un insecto; y te preguntas —aquí comienza el horror— cómo es que en los mismos estantitos aparecieron luego manuales minuciosos sobre cómo ser feliz, cómo criar a tus hijos, manuales exactísimos de cómo rezar, de cómo escribir un cuento, de cómo limpiarte el culo, de cómo ser exacta y archijodidamente feliz.

—Debe haber sido una equivocación —dice alguien que intenta defenderte pero tú estás pensando en hombres escribiendo rutas invariables para vidas perfectas y te preguntas quiénes son estos hombres y por qué tienen más autoridad que Bob Esponja o la Pantera Rosa para dar seminarios de felicidad, ¿quién es este tipo con cara de vitral?

—¡Ninguna equivocación! —grita la mujer.

¿Y si fueran personas malas? Personas malas muy malas o tan solo personas equivocadas. Terriblemente equivocadas y solas.

—Una simple confusión señora —dice Pedro.

Personas que creen que la felicidad es una casa gigante y el tenedor a la izquierda del plato.

—Yo dejé el libro junto con otros —agrega Pedro—, es muy probable que él los haya confundido sin querer.

Personas que hablan de cómo conseguir un millón de dólares, de cómo conseguir un millón de amigos, pero sobre todo de cómo conseguir un millón de dólares y ser así archijodidamente felices.

—Sí señora, un simple error —dice mi jefe tan amablemente que luego de unos minutos la vieja ya se empieza a calmar y hasta a sonreír avergonzada.

—Sin duda una confusión —aceptan todos que ya empiezan a perdonarme y a reírse y a llevarse el libro cortesía de la librería por la molestia, no faltaba más, hasta que dos minutos después todos están sonriendo, perdonándome mil veces y palmeándome la espalda como a un niño que ya es casitodounhombrecito. Pero entonces ya es demasiado tarde. Terriblemente tarde porque yo sigo pensando en el libro y en que al abrirlo aparecerá un mapa de la alegría ilustrado con cornucopias, con llaveros de cadenas doradas, con prendedores para corbatas, con relojes pesados, coronas de reyes, altares de iglesias tan brillantes como papeles de cigarrillos, reyes Midas, aros de hasta que la muerte nos separe, manecillas de relojes; y es demasiado, demasiado para no olvidarse del perdón general y ponerse a gritar desesperado que no es una equivocación, que no es ninguna equivocación,

y continuar gritando, ante el espanto de todos, que lo cambiaste a propósito, que lo cambiaste porque la felicidad podrá ser naranja o verde pero nunca dorada, que se puede enseñar a arreglar un Volkswagen pero no a conducirlo hasta el séptimo cielo, y sobre todo, que *El Principito* no es un libro para niños ni el amor una separata de álgebra, que lo cambiaste y lo cambiarías mil veces más porque no quieres ver el cuerpo de caracoles chancados en la acera, ni tampoco ver que le regalen una mantita a tu abuela y seguir gritando y gritando hasta ponerte rojos los ojos, abrirte camino entre la gente y salir a la calle aún gritando y pensando en todos los niños que en ese preciso momento están despedazando el papel de regalo de una caja que no contiene nada más que una camisita. Una triste camisita.

## Un dragón azul

Esa tarde Claudia llamó desde Lima para decirme que habían vendido mi carro. Yo lo compré cuando tenía veintidós (ahora tengo veintiséis). Era uno de esos Dodge grandes que te llevan de aquí a México sin chistar y para mí eso era más que cualquier cosa. La gente nos veía y nos imaginaba llegando lejos. Solo que no fue así. Me quebré una pierna, luego a él se le quebró en dos el radiador y no hubo médico ni mecánico capaz de arreglarnos. Desde entonces anduvimos separados. A veces soñaba que íbamos por carretera hasta Ticlio pero otras veces también soñaba que era un dragón azul y que me habían mandado a matarlo. Ya saben cómo los sueños cambian todo. Le dije a Claudia que lo de la venta estaba bien por mí pero fui por diez cervezas al supermercado. Si alguien hubiera preguntado algo me las hubiera ingeniado para retenerlo hasta el amanecer. Amaba ese carro. En él yo andaba junto a una chica preciosa de ojos marrones que también hubiese llegado conmigo hasta México sin chistar. De pronto se me ocurrió que si mi Dodge azul andaba nuevamente rodando por la carretera, probablemente aquellos ojos marrones también ya habían

## Diez preguntas antes de dar el sí

vuelto a apostarles a otros caballos. Fue entonces que me fui por diez o mil cervezas al supermercado. Al final da lo mismo porque tuve que conformarme con novecientas noventa y nueve menos que era lo que ayer podían pagar mis monedas. Una cerveza te puede durar cinco o diez minutos y también hay meses en que uno no bebe nada pero hay otras en que no te puedes pasar diez segundos sobrio antes de empezar a gritar o a poner la música alta. Puede que mi caballo no ganara todas las carreras pero igual mucha gente le apostaba. Era como en la historia de ese jinete que siempre volteaba la mirada a las tribunas para saludar a su chica. Ahora ya no recuerdo si lo vi en las noticias o en una película. Mi caballo no ganaba todas las carreras, pero a la gente le gustaba más vernos voltear la mirada hacia ellos que cruzar la meta. Supongo que eso no era suficiente para salvarlo de convertirse en embutido. No grité ni corrí. Todos dijeron que les parecía bien. Fue como tener asma y ninguna farmacia de turno. Hubo un mediodía en que la chica de los ojos marrones durmió a mi lado sobre una colina y cuando desperté el mundo era algo tan fácil de entender como dos más dos. Ahora el mundo me es tan fácil de entender como dos relojes de arena más dos ranas. Cambia la luz a amarillo. No puedo leer en mi apartamento porque todos los focos se han quemado y la verdad no he tenido fuerzas para subir a cambiarlos. Si alguien se hubiese acercado a preguntar algo me las hubiese ingeniado para retenerlo hasta el amanecer. Solo que bueno, nadie preguntó nada. Y me fui a casa.

Yo llevaba la bolsa del pan y la iba agitando por los pasillos del supermercado como si fuese un molino. Gabriel tenía las salchichas huachanas y las hacía saltar de una mano a la otra. Cuando finalmente llegamos a la fila de la caja encontramos solo a una señora muy vieja delante de nosotros.

La señora había comprado un buen montón de menestras y las iba apiñando sin criterio alguno junto a un desatorador de inodoros, un juguete para pájaros y otras porquerías que había sacado de la sección de todo por 1.99 y que con seguridad no le iban a servir para nada.

Probablemente ni siquiera tenía un pájaro.

También se había conseguido uno de esos gatos chinos dorados que agitan la pata y que gracias al ingenioso mecanismo que tienen por dentro, nunca se detienen. El aparato estaba aún en su empaque transparente pero ya estaba en funcionamiento. Una vez que salían de la fábrica nunca más volvían a detenerse a menos que alguien les aplastara una roca en la cabeza.

—Deberíamos ir a las cajas rápidas —sugerí.

Gabriel volteó la vista hacia las cajas rápidas. Había una fila de cinco personas y dos de cuatro.

Comparamos las filas de las cajas rápidas con la vieja y el gato chino.

—Vamos —dijo Gabriel.

—¿Estás seguro de que sabes cómo hacer una tortilla de salchichas huachanas? —pregunté.

—Lo he hecho sólo una vez —dijo— pero supongo que es una de esas cosas de las que uno no se olvida. Ya sabes.

—¿Te refieres a cosas como montar bicicleta? —pregunté.

—Sí. Aunque no estoy seguro de que uno no se pueda olvidar de montar bicicleta.

—Claro que no se puede olvidar —dije.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó.

—Porque sí. Ni siquiera es algo que se registre en el cerebro sino en el instinto, en los reflejos motores.

—¿Y dónde carajo crees que queda eso? —preguntó.

Ahora ya solo quedaban tres personas delante de nosotros.

—Oye, ¿la tortilla queda roja? —pregunté.

—Anaranjada. Si está roja hay que echarle más huevos.

Era todo un experto.

Pude ver a lo lejos al gato chino agitando la pata. La vieja no había terminado aún de apilar sus porquerías. No sé cómo los cajeros de supermercados no terminan convertidos en asesinos en serie. Tener que ver a toda esa gente comprando cosas, contando su dinero, poniendo la barrita

separadora para que la lechuga del vecino no toque sus zanahorias. Aparté la mirada.

Gabriel estaba echándole un ojo a las revistas.

De pronto se comenzó a reír.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

Gabriel apuntó con el dedo hacia la última edición de Cosmopolitan.

En letras rosadas a un lado de la portada se leía “10 preguntas antes de dar el sí”.

—Oh mierda —dije—. Eso no puede ser bueno.

La última persona de la fila pasó y la cajera nos saludó dulcemente. Tenía el cabello negro y le caía como un paréntesis alrededor de su rostro de rasgos orientales. Ojos largos, pupilas nítidas y la boca pequeña y rosada como un roll de sushi.

Era nuestro turno.

Coloqué el pan sobre la banda giratoria y luego Gabriel colocó las salchichas.

—¿Qué tipo de información puede contener ese artículo? —dijo sacando la revista del estante mientras la cajera pasaba las salchichas por el scanner—. Me refiero a... ¿Cuáles pueden ser esas “diez preguntas antes de dar el sí”?

La cajera sonrió.

—Estas revistas para mujeres deberían ser ilegales —dije.

—¿Acaso tienen expertos trabajando en esto? ¿Por qué no son seis u ocho? —agregó—. ¿Por qué son diez? ¿Cómo pueden ser tan precisos?

—Apuesto a que tienen una pregunta sobre si uno camina del lado de afuera de la vereda —dije.

La cajera me miró de reojo.

—¿Qué?

—Ya sabes, se supone que uno debe caminar del lado de afuera de la vereda para proteger a la chica. Pero yo por lo menos no le encuentro sentido. Es decir, protegerla ¿de qué? Si un carro se sale de la pista lo más probable es que no solo chaque al que está del lado de afuera de la vereda sino a los dos.

—¿Qué? —repetió Gabriel.

—Son cuatro con cuarenta —dijo la cajera.

—Tengo que comprarla —dijo Gabriel—. Necesito saber cuáles son esas preguntas.

—No seas loco —dije.

Gabriel puso la revista sobre el scanner de la caja y ella la agregó al pan y a las salchichas mientras sonreía.

—Son dieciocho soles con cuarenta —dijo.

—No seas loco Gabriel.

—Ya fue —dijo y metió la revista a la bolsa.

Como Gabriel era quien conducía me pidió que abriera el empaque plástico y que fuera leyéndole las preguntas mientras llegábamos a mi casa.

Me acomodé en el asiento y cerré la puerta.

—Primera pregunta —dije mientras salíamos del estacionamiento y nos asomábamos a la avenida.

Era de noche.

Abrí la ventana. Gabriel se reía nervioso, como si tuviésemos algo prohibido dentro del carro. En verdad parecía emocionado.

—Primera pregunta —repetí. Seguía pasando páginas en busca del jodido artículo.

—Apúrate.

Por fin lo hallé. Junto al titular “10 preguntas antes de dar el sí” aparecía la foto de un sujeto sosteniendo una cajita con un anillo de compromiso y mostrándosela a una chica. El muchacho parecía decidido pero la chica no se veía muy convencida y de su cabeza salían muchos globos de pensamiento, como los de los cómics. En cada globito había una pregunta en letras de color rosado y una breve explicación abajo en letras negras y más pequeñas.

—Vamos, léelo ya —dijo Gabriel.

—Primera pregunta.

—Sí, dale.

—¿Te sientes cómoda en pijama con él?

Adelantamos un Honda azul y un Fiat blanco. Gabriel parecía dispuesto a llegar rápido a casa. Atravesábamos la Javier Prado.

—¿Cómo? —preguntó Gabriel sin dejar de mirar hacia delante. Ahora intentaba rebasar un Subaru amarillo.

—¿Te sientes cómoda en pijama con él?

—¿En pijama?

—Te dije que esto era una mala idea Gabriel.

—¿Qué rayos tiene que ver la pijama con alguna cosa? —preguntó.

—Aquí abajo dice algo más, escucha: ¿Te sientes cómoda lavándote los dientes frente a él? ¿Cierras la puerta del baño al ducharte?

—¿Son otras preguntas?

—No, son parte de la misma —dije.

—Pasemos a la siguiente.

—Gabriel ¿Estás seguro de que sabes cómo hacer una tortilla de salchichas huachanas?

—¡Maldición!

—Bueno, segunda pregunta. No tienes por qué alterarte.

Por fin adelantamos al Subaru amarillo. Fue como un logro personal para Gabriel.

—¿*Qué opina él de tu canción favorita?*

El Subaru volvió a adelantarnos.

—¿Cómo dijiste? —preguntó.

—¿*Qué opina él de tu canción favorita?*

—Dame esa revista —dijo cogiéndola por uno de los extremos sin llegar a quitármela del todo.

—Eso es lo que dice —dije forcejeando con él—. ¿Por qué te mentiría?

—Yo no conozco la canción favorita de Sofía.

—¿Ah no? —pregunté—. Tal vez sea una de los Beach Boys —dije— ya sabes, a ella le encantan los Beach Boys.

—Lo sé. Tiene un póster de ellos justo frente a su cama.

—¿Frente a su cama?

—Son sus ángeles de la guarda.

—¿En serio no sabes cuál es la canción?

—No.

—Creo que es una que se llama “God only Knows”.

—¿Cómo sabes?

—Siempre anda cantándola.

—¿O sea que según esta revista tú eres el sujeto indicado para tirarte a mi novia?

Las salchichas huachanas iban en el asiento trasero y su fuerte olor había impregnado todo el carro.

—Tercera pregunta —dije.

—Lee mierda.

—¿*Conoce él tus fantasías sexuales?*

—¿Qué? —dijo. Siempre decía “qué” aunque ya hubiese oído la pregunta. Me estaba empezando a molestar.

—Bueno, a lo mejor esto sí es importante, ya sabes, el sexo es importante.

—Mmmmm.

—Vamos Gabriel. Supongo que esta sí es una pregunta normal.

—No me hables de fantasías muchacho.

—¿Eh?

—¿Recuerdas cuando Sofía y yo estuvimos separados? —preguntó.

—Uuuuuu... eso fue hace mucho tiempo.

—Bueno, la verdadera razón por la que terminamos fue porque me negué a algo.

—¿En la cama?

—Sí, en la cama.

—¿No fue acaso por lo que le hiciste a su gato? —pregunté mientras subía un poco el vidrio de mi ventana.

—¿Eres idiota?

—Pues eso fue lo que tú dijiste —reclamé— que terminaron por lo del gato.

—Me lo inventé. ¿Cómo se te ocurre que yo iba a hacerle aquella cosa al gato?

—Sí, pero el gato desapareció ¿no?

—Bueno sí, pero yo no tuve nada que ver con eso.

Los gatos siempre andan escapándose. De hecho creo que el gato volvió a la casa seis meses después.

—No, el gato que tienen ahora es otro —dije.

—Bueno, de todas formas yo no le hice aquello al primero.

—Entonces ¿qué fue? A mí siempre me pareció que les iba muy bien.

Gabriel adelantó un auto y se puso justo detrás del Subaru. Estiraba la cabeza tratando de ver cuál de los dos lados era mejor para adelantarlo.

—Tuvo algo que ver con unas bolas chinas —dijo por fin. Parecía haberse decidido por la derecha y esperaba el momento oportuno para acelerar.

—¿Qué bolas chinas?

—Bueno, en la cama en general nos iba bien.

—¿Y?

—Para Sofía “bien” no era suficiente, así que un día se apareció con “las bolas chinas”.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ella siempre quería innovar, probar cosas nuevas.

—¿Qué son las bolas chinas Gabriel?

Gabriel me miró fijamente por un segundo.

—Es una tira de bolas metálicas. Unas bolas de metal unidas entre sí.

—¿Cómo un gusano? —pregunté.

—Bueno sí, si es que crees que hay gusanos del tamaño de un choclo —dijo.

—¿Y para qué era eso?

Se asomó por la ventana y le gritó algo al tipo del Subaru mientras lo rebasaba por el lado derecho.

El tipo también gritó algo desde atrás pero casi no lo oímos por el sonido de todos esos motores en la avenida.

—Gabriel, ¿para qué eran esas bolas de metal?

—Bueno, es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Lo que ella me dijo fue que con eso yo iba a durar mucho más.

—¿Cómo?

—Y no es que yo durara poco. Pero ya sabes, para ella eso no era suficiente.

—No entiendo. ¿Quería que le metas esa cosa?

—Ojalá hubiese sido eso —dijo mientras acomodaba el espejo retrovisor y trataba de evitar que el Subaru lo adelantara.

Miré hacia delante en la avenida. Con todas las luces traseras de los automóviles en realidad no veía nada. Solo podía imaginar a Sofía desnuda en la cama mirando a Gabriel con el gusano de metal entre las manos.

—No puede ser —grité volteando mi cabeza hacia la ventana.

—Pues sí.

—Cállate, no me lo cuentes.

—Eran para mí.

—No seas loco Gabriel. No me digas esto.

—Sí. Para que yo me las metiera por el culo.

—Jajaja.

—Se supone que mientras yo tuviera las bolas dentro no podría acabar por un cierto efecto de tensión no liberada.



—¿Qué cosa?

—Así que conforme ella fuera consiguiendo su jodido orgasmo me iría sacando las bolas del culo. Cuando sacara la última entonces yo sería libre para hacer lo que quisiese.

—¡Qué horrible! —dije.

—No es para tanto. La verdad yo ya lo había visto en una película. Pero lo hacían con un pañuelo.

—Sí —dije—. Yo también he visto esa película.

—Bueno, pero esto no era un pañuelo, tal vez con un pañuelo yo hubiese accedido. Esto era algo realmente brutal.

—¿Dónde aprenderán esas cosas? —pregunté.

—Y ya sabes, encima los Beach Boys estaban ahí de testigos viendo como me metían esas bolas al culo.

—¿Cómo que te metían? Pensé que no habías accedido.

—Fue solo una de las bolas.

—Mierrrrrdaaaaa.

—El aparato tenía como seis bolas.

—Entonces ¿te lo metió?

—En cuanto tuve la primera bola dentro supe que eso no era lo mío.

—Ya.

—Me saqué el aparato del culo, me vestí y me largué de su casa.

—O sea que no fue por lo del gato.

—No. Como comprenderás no podía contarle a todo el mundo lo de las bolas. Hubiese sido muy vergonzoso. Es algo que queda entre nosotros dos y Sofía.

—Y los Beach Boys —dije.

—Sí, y los Beach Boys —dijo Gabriel.

El Subaru hizo un amague y nos adelantó nuevamente. Luego cogió una de las salidas y se perdió. Gabriel le echó el ojo a una camioneta Mitsubishi.

—¿A qué vino todo esto? —preguntó.

—A lo de las fantasías —dije.

—Ah sí. Lee la siguiente pregunta.

—Cuarta pregunta.

—Cuarta.

—Cuarta pregunta: *¿Cuál fue el primer regalo que te dio y cuál el último?*

Pasamos sobre la Vía Expresa y vimos aquella rueda de neón de la Coca Cola. El Mitsubishi seguía delante de nosotros.

—Lo primero que le di a Sofía fue una batea, digamos, si eso puede ser considerado como un regalo.

—¿Una batea? ¿De esas para lavar ropa?

—Fuimos a una feria y me gané la batea en el tiro al blanco.

—¿Daban bateas de premio?

—El primer premio era un canguro de peluche enorme. Estaba realmente bien. Había que pegarle al centro de un círculo del tamaño de una chapa. Lo intentamos muchas veces pero yo no tengo muy buena puntería y lo único que conseguí fue esa batea.

—¿El segundo premio era una batea?

—No, el segundo premio eran unos peluches más pequeños.

—¿El tercer premio entonces?

—Tampoco. De todas formas Sofía dijo que no era una batea tan fea y se la regalé. No recuerdo lo último que le he regalado.

—Puedes estar tranquilo —dije—, con seguridad le gana a la batea.

—Bueno, pasa a la siguiente.

—Quinta pregunta.

Gabriel aceleró a fondo. Después de un par de maniobras la camioneta Mitsubishi quedó atrás de nosotros. No nos dio tanto trabajo como el Subaru.

Continuamos rebasando autos y en cuestión de minutos estuvimos frente a la puerta de mi casa.

—Esta cosa huele horrible —dije mientras sacaba las salchichas del asiento trasero una vez ya estacionados.

—Sí, bueno, luego mejora —dijo.

Subimos las escaleras.

—¿Qué necesitas? —pregunté.

—Una sartén y aceite.

—¿Nada más?

—Nada más. Trae la revista y continúa leyendo las preguntas mientras yo frío esto.

Le pasé la sartén y el aceite y fui por la revista.

Gabriel prendió una de las hornillas y puso a calentar el aceite en la sartén mientras con un cuchillo abría una de las salchichas huachanas en dos. Una vez abierta salía una especie de relleno de color rojo muy jugoso. Como un chorizo desangrándose.

—Eso huele fuerte —dije.

Gabriel lanzó todos los pedazos de la salchicha sobre la sartén.

Una vez que comenzaron a freírse soltaron un olor mucho mejor.

—Ve girándolos para que no se quemen —dijo—. Pero no ahora, espera a que se doren un poco de ese lado. ¿Trajiste la revista?

—Sí.

—Bueno lee.

Gabriel quebró tres huevos contra el borde de un plato hondo y comenzó a batirlos con un par de tenedores montados unos sobre otro.

—Quinta pregunta —dije mientras que con un tenedor iba haciendo rotar los trozos de salchicha que eran como pequeños y asquerosos coágulos. Con la otra mano sostenía la revista tratando de evitar que le salpicara el aceite.

—¿*Alguna vez cocinan juntos?*

Gabriel sacó la pimienta y la sal de la alacena y con los dedos tomó un poco de cada una y las agregó al revoltijo. Luego siguió batiendo mientras yo giraba las salchichas huachanas con el tenedor. De la sartén salía un humo como de parrillada y la salchicha huachana iba perdiendo su color sangriento.

—¿*Alguna vez cocinan juntos?* —repetí.

Gabriel se dio la vuelta. Estaba concentrado. Traía el plato con los huevos revueltos en la mano derecha y con la izquierda seguía batiéndolos. Una vez que estuvo frente a la sartén miró todos los trocitos de salchicha cocinándose.

—Gira ese —me dijo—. Le falta cocinarse por arriba.

Con el tenedor hice rodar el pedazo de salchicha. Estuvimos mirándolo unos segundos. Yo aún tenía la revista en la mano. Gabriel seguía batiendo. Lo aplasté con el tenedor para que se cocinara más rápido. Luego él dijo que ya estaba bien y vació los huevos batidos sobre la sartén.

Fue un sonido agradable. Como si las salchichas estuviesen agradeciendo que se les dejara de freír.

—Saca un plato —pidió Gabriel.

Tomó la sartén por el mango y la sacó del fuego mientras terminaba de revolver los huevos ya fritos con las salchichas. Luego lo lanzó todo al plato.

—Rápido, los panes —dijo.

Dejé la revista a un lado abierta en la hoja que estábamos leyendo. Vacíe todos los panes sobre la panera y los fui cortando por la mitad uno a uno.

Llevamos las cosas hasta la mesa. La tortilla estaba anaranjada y humeante tal como estaba previsto.

Cogimos los panes y los comenzamos a rellenar.

Luego nos sentamos a comer en silencio.

La luz del comedor era amarilla y tenue pero aún se podían ver las preguntas de la revista abierta sobre la mesa.

Gabriel la miró y luego puso expresión de tratar de recordar algo.

—Que si alguna vez cocinamos juntos —dijo en voz baja como hablando para sí mismo.

Yo seguí comiendo mi pan. A ratos miraba a Gabriel masticar y pensar y luego miraba el plato con la tortilla y luego la revista. No podía fijar la mirada en nada. Pensaba en pijamas de mujer, canciones de los Beach Boys, gusanos

de metal, bateas, gatos, muñecos de peluche y salchichas huachanas.

No podía más que seguir masticando mientras miraba la revista y trataba de imaginar qué diablos podría significar todo aquello.

## Tu pecho anaranjado

Recuerdo que estábamos en la subida de los álamos a no más de dos cuadras de tu casa. Íbamos caminando y de pronto te pasaste la mano sobre el pecho. Entonces sentiste el agujero negro en el lugar que le correspondía a tu corazón. Dijiste: *¿Qué es esto?* Estabas muy asustada. Y yo dije: *Creo que ha sido mi culpa.* Te quedaste muy quieta como recordando y yo trataba de calmarte pero sabía que tarde o temprano descubrirías que realmente era mi culpa. Cinco minutos después tus zapatillas fueron dos barcos huyendo a toda prisa del lugar.

Yo comprendí que ya no había marcha atrás. Sin embargo, todas las mañanas me levantaba y lo primero que decía era: *Lamento haber sido un cretino contigo.* Y luego iba repitiéndole la frase a las cosas que habías dejado. Me acercaba al rompecabezas y les decía a las piezas: *Oigan, lamento haber sido un cretino con ella.* Abría el caño de agua y el del fuego y les tocaba el cuerpo. Les explicaba como si fuesen niños. *En serio, lamento haberla tratado tan mal.* Pero ellos no me creían. Y escapaban a sus tuberías.

Después me iba a la cocina. Me sentaba a la mesa. Y el jugo sabía a velocidad. El pan era de vidrio. La radio

gritaba. Entonces yo hacía un gran círculo con mis brazos y los apretaba. Les gritaba muy fuerte: *Lamento haber sido un cretino con ella*. Lo iba repitiendo hasta que me volvía a quedar dormido. Cuando despertaba el pan estaba en el suelo, la radio sobre el mueble y entre mis brazos solo mi cabeza despeinada.

Perdí mi trabajo. Compré uno de esos gimnasios desarmables porque me pareció que serviría de algo hacer ejercicio. Cuando conseguí levantar la barra con diez kilos a cada lado le puse veinte, y cuando ya podía con los veinte le puse treinta. Los brazos me temblaban y a menudo tenía que soltar la barra de golpe, de modo que esta hacía un ruido horrible al toparse con los ganchos. Entonces mis ojos parecían de mercurio y repetía nuevamente: *Lo lamento, en serio lamento haberte hecho tanto daño*, y me quedaba allí tendido entre todo ese metal por el resto del día.

No tenía pesadillas porque básicamente no dormía. Y si conseguía dormir, entonces mis sueños se parecían a uno de esos viajes entre dos ciudades separadas por desiertos. Cuando la pena se ponía demasiado grande trepaba a la bicicleta y me iba a dormir al parque que está por tu casa. Aquel que tiene una especie de anfiteatro. Pero no dormía sino que me quedaba quieto tratando de repetir mi frase en silencio con todo el cuerpo. Como si yo mismo fuese una oración reconciliándome con tus veredas, tus vecinos y tus árboles.

Luego vino la época en que comencé a irme a otros países. Conocí a muchas personas. Me invitaban a sus casas o hacían caminatas conmigo en sus ciudades. Me mostraban los lugares turísticos y cuando la noche nos agarraba

en algún bar yo terminaba siempre hablándoles de ti. Finalmente cuando nos despedíamos en la puerta de casa yo les decía: *No creas que no lamento haber sido tan cretino con ella*. Y ellos siempre decían: *Claro que no*, y se iban.

Cuando volví, la ciudad no fue demasiado grande para ocultarnos. Tú tenías amigos y yo tenía amigos y esos amigos tenían amigos. Una noche acabé en la misma fiesta que tú y hubo sorpresa para todos. Yo nunca te había dicho cuánto lamentaba lo sucedido así que durante toda la fiesta era en lo único que pensaba. Pensaba en eso y en el agujero negro al medio de tu pecho. Luego de muchas canciones por fin me acerqué y te dije: *¿Sabes?* Tú te me quedaste mirando y yo agregué: *Daríais mis dos piernas por no haberte hecho daño*. Tú dijiste: *¿De qué hablas?* Y yo te dije: *Nunca quise hacerlo*. Y tú volviste a decir que no sabías de qué rayos estaba hablando. Entonces ya no me quedó más que abrirte de par en par la camisa para mostrarte el agujero negro que yo había dejado.

Luego un grupo de hombres me apartó de ti. Yo gritaba mientras me iban arrastrando hacia la salida. Alguien te preguntó que quién era yo y tú dijiste que no me conocías. Eso fue lo último que te oí decir. Yo dije: *¡Mierda, lo siento! ¡Siento haber arruinado todo!* Pero entonces ya nadie bailaba y todo era un gran ruido confuso que nadie entendía. Los hombres me botaron fuera de la casa y ya después de eso lo único que recuerdo es que yo no paraba de gritar que lo sentía, mientras frente a mí se cerraba la puerta del lugar y yo veía a través de una última rendija como cerrabas el último botón de la camisa que cubría tu pecho anaranjado, otra vez intacto.

## Carta desde el África

Mi hermana dice que la idea fue de Ambers, el negro. Que al principio cuando se lo ofreció, se quedó cojuda, puso cara de apio y le dijo que ni cagando se iba a meter dentro de una maleta. O más bien *in english*, ¡*No fuckin way nigger!* porque el pobre Ambers no masticaba más que un poco de inglés y eso a las justas oiga usted. Pero esa misma noche sobre su litera, dice que pensaba y pensaba en lo harta que estaba ya de trabajar en el barco, del Red Bull para aguantar las amanecidas, de los baños de seis minutos por reloj cuando acá en Lima una hora le quedaba chica y además prendiendo la terma desde dos horas antes y mi papá preguntando que para qué tan caliente carajo, si acaso iba a pelar coches.

En cambio allá a bordo del Royal Caribbean todo había sido tan diferente a como ella esperaba. Dormía poco, la comida era buena pero había que comerla casi corriendo y luego todo era un solo de turistas pálidas como leche de magnesia que le pedían fotos. Fotos con sus amiguitas, fotos con el capitán, fotos echándose un clavado, fotos tomando su piñita colada, fotos hasta rascándose la concha hombre, vaya tipas. Y fue así como, según me cuenta en la

carta, volvió a pensar en la oferta del negro Ambers, en su enorme maleta de piel de cocodrilo, y ya para cuando se fue quedando dormida estaba pensando un poco ya en serio ¿cabré?, ¿no me ahogaré allí dentro?

Y yo le digo ¿oye pero que tú eres bestia? ¿No ves que ese negro pudo haber acabado secuestrándote, descuartizándote o vendiéndote en el África como comida para leones? Y ella me dice que no, que Ambers Siemens le inspiró confianza desde el primer momento en que lo vio en el comedor frente a su taza de café ya vacía, recogiendo las migajas de la mesa con una bolita de masa de pan, dejando su sitio impecable como para no darle trabajo a nadie. Saqué la cámara y le tomé una foto, me dice, recogiendo migas, dos fotos, tres fotos sin que se diera cuenta. Y era mi día libre ¿ves?, un día en que lo último que quería era tomar más fotos. Pero había algo en él. La forma en que recogía aquellas migas y en cómo trataba al camarero, devolviéndole un poco la dignidad. Un negro tan grande y a la vez tan asequible como una fortaleza resguardada por un único soldado.

La primera vez que le hablé —me sigue contando en la carta— fue en uno de sus usuales paseos por la cubierta. Allí andaba siempre con esas guayaberas que más parecían como para irse a trapear mercados y por las que nadie (incluyéndome, sí señor) sospechamos que el negro era dueño de la mitad del África y que de haberlo querido, hubiese podido comprar el crucero completo con todos nosotros dentro. No dabas un sol por el negro, pobre negro. Y fue precisamente por eso que un día terminé acercándome de lo más conchuda, como si le estuviera hablando a un chinchano de mi tierra, preguntándole que si no le gustaba la piscina, que

también teníamos cancha de tenis, cancha de golfito y hasta un sauna donde Rebeca lo podía dejar como recién salido del útero de su madre. Pero Ambers nada, seguía mirando al horizonte, me decía que todas esas cosas las podía hacer cuando estaba en tierra, que allá en su país, con plata hasta se podía perseguir elefantes, comer lagarto, bañarse en los pantanos. Lo único que no se podía hacer ni trepándose al árbol más grande que encontraras, era ver el mar.

¿Qué onda con el mar?, pregunta mi hermana. Y me dice así mismo: Te lo pregunto a ti porque eres poeta y además porque ves esas películas españolas en las que siempre hay un personaje que nunca ha visto el mar y está obsesionado con el asunto. Y continúa: yo lo he visto toda mi vida y francamente no sé que tanto rollo. Pero había que ver a ese Ambers. Todo lo hacía en la cubierta el negro. Comía, bebía, se fumaba un habano, caminaba, leía, se quedaba dormido en una tendona, despertaba, se echaba bloqueador y volvía a leer, a pedirse un mojito, un tom collins, pero todo sin moverse de allí, sin perder nunca de vista el océano.

Fue así como nos fuimos haciendo amigos —continúa contándome—. Ese mes me había tocado la zona de la cubierta, desde el bar hasta la piscina grande. Un día por fin me animé y le mostré las fotos que le había tomado aquella vez recogiendo migas. No se emocionó mucho. Me dijo: Mira, mejor tómame una aquí con el mar. Creo que de haber sabido que me iba a pedir doscientas fotos más con su querido amigo el mar no me hubiera tomado tantas molestias con esa primera. De todas formas quedó muy buena, le gustó y un par de semanas después para cuando le estaba sacando la nonagésima foto, esta vez contra las costas de

Portugal, ya nos tuteábamos y nos dábamos citas en mis horas libres. Nos tomábamos un tom collins él, y yo una cerveza en algún lugar tranquilo del barco desde donde no perdiéramos de vista al mar.

De modo que ahí, entre trago y trago, mi hermana y Ambers se fueron contando la vida. Él jamás había oído hablar de perros sin pelo, delfines rosados o caballos que supieran bailar y mi hermana por su parte no sabía que en el África, aparte de leones y monos, también había ciudades modernísimas y gente como Ambers, con mansiones en cuyo jardín podía aparcarse completo el Royal Caribbean.

Según mi hermana, ella nunca le insinuó nada. Además dice que él sabía que ella era peruana y que con la visa que tenía no podía poner ni un crespito fuera del barco. Pero aún así, cuando faltaban dos días para que el Royal Caribbean comenzara a bordear las costas africanas dice que Ambers se le acercó y le dijo: Usted se viene conmigo.

Ya las ideas sobre cómo bajarse del barco vinieron después entre más tom collins y más cervezas. Lo cual finalmente nos remite a la noche en que mi hermana está en su litera pensando en si cabe dentro de la maleta de Ambers y en si no se ahogará allí dentro. Por supuesto que conozco el final de la historia ya que la dirección de mi hermana escrita en el sobre es impronunciable y porque en la estampilla hay un jodido rinoceronte.

Lo bueno es que al parecer las cosas les están yendo muy bien a ambos. Por ahora están esperando que legalicen los papeles de mi hermana para comenzar un largo tour desde Egipto hasta Madagascar. Me he alegrado mucho por ella. Nunca antes había salido del país y debe estar pasándola

bárbaro. Le he preguntado en broma si planea volver algún día al barco o si se va a casar con Ambers y tener un montón de negritos. Se ríe. Dice que se quieren mucho, que él siguió siendo el tipo que recogía migas de pan en el comedor, pero que han preferido optar por la amistad. Ella, a costa de unos meses a bordo del crucero, descubrió que no le gusta andar sobre el océano y Ambers en cambio lo menciona todo el tiempo, lo extraña y ya está soñando con volver. Dice que a veces lo encuentra en la terraza con un tom collins, contemplando abstraído la sabana africana y que si se queda con él un rato, hasta ella termina confundiendo el reflejo del sol con olas y a los animales salvajes con peces y ballenas.



## Golfie

Todos los días yo me levantaba a las ocho de la mañana cuando el despertador empezaba a sonar y ya no había nadie en casa. Luego iba arrastrando mis medias hasta la cocina, prendía la terma, cogía un plátano y me lo venía comiendo de regreso a la cama donde dormía otra hora más. Lo del plátano lo había aprendido de H, el gran H, mi tío. Me dijo: Perro (así me llamaba él), es como si la digestión, el metabolismo... tú sabes, como si el plátano fuera activando las cosas desde adentro, sin angustia, cero shock. Lo probé por unos días y cuando lo volví a ver le dije: Perro (yo también lo llamaba así), esto deberías patentarlo. Me refiero a que no solo funciona con el plátano sino con el pan o cualquier cosa por el estilo. Vencer la angustia del amanecer, probablemente esto sea más grande que la penicilina o el teléfono móvil. Él dijo: Captaste la idea muchacho —y me palmeó la espalda igual que cuando aprendí a contar chistes de burros y a bailar el rock, enseñanzas tuyas que me ayudaron a sobrevivir en los duros tiempos de la escuela—. Desde entonces no había podido dejar lo de los chistes ni el rock ni lo del plátano. Supongo que parece que me habían inculcado los hábitos de

un orangután, pero la verdad es que solo éramos dos chicos a los que no los volvía locos la idea de levantarse temprano.

Mi tía, en cambio, decía que para levantarse a las ocho solo una verdadera cucaracha necesitaba un despertador. Yo no me veía a mí mismo como una cucaracha así que suponía que ella estaba equivocada y le decía:

—Tía, ¿sabes cómo se llama la tercera canción del disco *Revolver* de los *Beatles*?

Y ella decía que no sabía. Entonces yo le mostraba el disco indicándole la canción “Sólo estoy durmiendo”.

—¿Cómo?

—Ese es el nombre de la canción “Sólo estoy durmiendo”. Y por algo el *Revolver* no es uno de los discos más famosos de los *Beatles* tía, ¿me comprendes?

Ella me miraba convencida de que en algún momento yo había tomado el rumbo equivocado y que definitivamente personas como H, su hermano menor, habían sido las culpables. Finalmente se iba por donde había venido. Supongo que en el fondo entendía algo.

Aquel día sin embargo cuando el despertador sonó yo ya estaba despierto. Sabía que aquel iba a ser un día diferente. Era una sensación que no llegaba a ser tan brutal como la de amanecer convertido en un insecto al igual que el pobre Gregor Samsa en *La Metamorfosis*, pero que era casi una idea, un olor, un jodido presentimiento, como el de Santiago Nassar sintiéndose por completo salpicado de cagada de pájaros la mañana del día en que lo iban a matar. No era que me fuesen a matar. Me refiero a que en Lima por lo menos ¿quién carajo iba a tomarse la molestia de matar a un tipo como yo? Pero alguna pastrulada iba a suceder, de eso

estaba seguro, porque eran las siete y media de la mañana y yo me había cagado en las enseñanzas del gran H. Olvidé el plátano, lancé la frazada lejos sintiendo cómo cada partícula de mi cuerpo me maldecía por hacerle semejante putada tan solo por buscar un poco de dinero.

Sentado sobre mi cama, cogía una cadenita dorada entre mis manos y me preguntaba cuánto podrían darme por eso. Era el único objeto de valor que encontré después de que yo mismo había dejado mi cuarto como si una tribu de rastas hubiese estado buscando en mis cajones la última porción de marihuana restante en el mundo. Entonces me pareció, demonios, no sé cómo llegué a eso pero pensé o sentí que aquella escena era como uno de esos comerciales de prevención contra las drogas. El desorden, la falta de dinero, la cadenita. Recordé que en esos comerciales, por lo menos en los que yo había visto, siempre pasaban cosas muy horribles y me puse paranoico. Así que justo antes de salir del cuarto, me detuve frente al espejo y me dije: *Tú no eres un pastrulo como Gonzalo. Además, es solo una cadenita. Y finalmente, para darme ánimos, prendí la radio y me puse a mover la cabeza mientras me vestía y cantaba aquella vieja canción de Instrucción Cívica:*

*...él siempre dice la paz ya pasó de moda  
dejemos que tiren la bomba para ver qué pasa.*

Cuando salí del cuarto ya ni mi tía ni Sandra estaban en casa. Mi familia se levanta muy temprano porque sus centros de trabajo quedan en el jodido culo de Lima, en extremos diferentes. La casa por la mañana es un verdadero mercado y yo soy el único que no se entera de nada. Sandra,

mi prima, trabaja en la sala de emergencias de un hospital. Fue la primera de su promoción y además es muy guapa pero ahí la ves levantándose temprano y cortando tiritas de gasa y esparadrapo. A mi tía no le va mejor. Trabaja en esa farmacia donde los únicos productos que se venden son jeringas, condones y alguno que otro pañal para un niño cagón. Por algún motivo el dueño de la farmacia del infierno necesita que mi tía esté allí cuando no se han levantado ni los perros.

Descubrí que mi hermana era la única que quedaba en casa.

—Cynthia —grité. Alzaba la voz porque supuse que estaba durmiendo.

—¿Quééééé? —respondió. Ya se había levantado y estaba en el baño lavándose las manos. Le gusta mucho lavarse las manos y le da muchas vueltas al jabón hasta que sale un montón de espuma.

—¿Sabes cuánto puede valer una cadena de oro? —pregunté. Podía escuchar el chorro de agua cayendo sobre sus manos y el jabón girando entre ellas. Nunca paraba.

—¿Por qué? ¿Acaso vas a comenzar a vender tus cosas? —preguntó. Lo que en realidad estaba diciendo era “todos ustedes, malditos escritores y drogadictos tarde o temprano empiezan a vender sus cosas”.

—Solo una cadenita —dije—. ¿Sabes cuánto me pueden dar por ella?

—Pues no sé. Pero seguro que no es mucho.

—¿Cuánto es eso? ¿Me alcanzará para un sándwich? Se asomó a mi cuarto con las manos llenas de espuma.

—¿Vas a cambiar una cadena de oro por un sándwich? —preguntó.

—Entonces estás diciendo que vale más que un sándwich —le dije.

—Pues claro que vale más que un sándwich, salvaje.

—Entonces no deberías haber dicho que no tenías ni idea.

—Bestia —dijo y fue a seguir lavándose las manos por otro par de minutos.

Mi estómago era como un balde vacío y mientras el ómnibus avanzaba por la ciudad yo iba pensando en lo primero que haría al tener el dinero de la cadena. ¿Cuánto podría ser? Cincuenta, tal vez cuarenta soles. Aceptaría veinte. Compraría uno de esos enrollados árabes de carne de cordero y me iría a trabajar. El ómnibus avanzaba rápido pero aún estábamos lejos de Miraflores. Atravesábamos Surco Viejo. No hacía más de una semana que había pasado por allí y había visto un perro escarbando en la basura. Aquel día pensé “los perros están comiendo vidrio” y luego escribí algo con esa frase y me dije “soy un farsante, yo sé que ese perro no está comiendo vidrio”, pero luego pensé “la poesía de algún modo vuelve la mierda menos patética” y terminé el poema. Ahora también había un perro escarbando en la basura pero no sentí que estuviese comiendo vidrio ni mucho menos. En la radio sonaba una canción de los ochentas. Recordaba a H. Toda la música de los ochentas me hacía recordar a H. Men at work, Dire Straits. Pegué la cabeza a la ventana. *Money for nothing and the chicks for free*. En algún momento había cambiado todo. A H ya no lo

veíamos más por casa y yo tenía que vender una cadena para desayunar.

El ómnibus avanzaba por la avenida Larco. Cuando uno escucha música todo el día la ciudad termina pareciéndose a las canciones. Días enteros parecidos a una canción. “Avenida Larco” de Frágil, pensé. El Perú en los años ochenta. Yo era muy niño. Soda Stereo, Los Prisioneros, Charly.

—Bajo en Shell por favor —le dije al cobrador.

El sol brillaba sobre Miraflores. Todos esos jardines y esos cubos de granito donde la gente se sentaba. La gente parecía siempre más feliz en Miraflores. Llevaba la cadenita en el bolsillo de la casaca. La apretaba con los dedos. ¿Cuánto podrían darme por esta cosa? Era importante no dejarse timar. Tengo cara de bueno —pensaba— y mi cadena vale algo. Lo sé. No jueguen con *Carlito's Way*. Observen mis lentes amarillos. Toquen mi cabello hasta los pies.

Por fin llegué al gran edificio azul. De noche era una discoteca gay y de día la gente vendía y compraba oro. Supongo que no son negocios parecidos pero por lo menos no era como esa iglesia del centro que terminó convertida en un cine porno. Había entrado un par de veces a sacar a Karen del Downtown. Ese era el nombre que tenía el lugar por las noches. No era que cualquiera te pudiese agarrar el culo. Supongo que era como otra discoteca más, a excepción de que había chicos besando a otros chicos y chicas besando a otras chicas y luego como a las dos de la mañana subían al escenario unos tipos en bikini con unas margaritas de plástico gigantes y bailaban canciones de Rafaela Carrá y cosas por el estilo. De día sin embargo era un centro comercial abandonado. Cuando entré me di cuenta de que solo uno de

los puestos estaba abierto. Un chico de unos dieciocho años con pinta amable me interceptó en la puerta de su negocio.

—¿Quieres vender algo choche? —me preguntó.

—Tengo esta cadena —le dije. No quería mostrársela tan rápido pero cuando me di cuenta ya se la había dado.

—Déjame ver —dijo y comenzó a moverla entre sus dedos.

No regatearía. La verdad no me importaba nada la cadena. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a mí. Tomaría el dinero y atravesaría el parque hasta aquel lugar árabe. Compraría alguna cosa que tuviese cordero y me sentaría a tragar. Luego si sobraba algo cogería un taxi hasta la revista. Tenía que terminar la estúpida crónica de las prostitutas de Río. Cada día le decía a mi editor: Ya tengo doscientas palabras. Voy por las cuatrocientas. Mañana lo tienes en tu escritorio. Esta es la mejor crónica sobre prostitutas alguna vez escrita —o bien— ¡No me presiones! Pero la verdad era que solo tenía un archivo de word de dos kbytes y una frase que decía “Nunca pensé terminar escribiendo cartas de amor para prostitutas”. Allí acababa mi crónica. Era todo lo que tenía. Ni siquiera podía quejarme porque yo había escogido el tema. Mi editor había dicho:

—Ya sé que estás cansado de toda esta mierda política.

—Exacto —le dije.

—Definitivamente lo tuyo no es la política. Ni andar metiendo las narices en la mierda ajena. —Nunca nadie me había entendido mejor.

—Pero bueno. Ya sabes que la revista anda mal. Todos sabemos que la revista está muy mal. No podemos

continuar pagándote solo por traer tu culo hasta acá cada día, por más puntualmente que lo hagas.

—Comprendo —le dije.

—Debe haber algo sobre lo que quieras escribir —propuso.

—He vivido en Brasil unos años. Tengo algunas historias.

—Te escucho.

—Pues verá. Allá también hay algunos clubes nocturnos como acá. —Y luego agregué—, solo que en los de allá hay una chica y un chico que lo hacen delante de uno.

—¿Hacen qué? —preguntó. Era molesto tener que explicar todo.

—Ya sabe, simplemente ellos lo hacen, ahí delante de todos

—¿Delante de todos?

—Pues sí —dije— y a veces también entre chicas.

—¿Entre chicas? —preguntó. Ya lo tenía salivando.

—Ajá —dije—. Luego pareció como reaccionar.

—¿Y tú ibas a esos clubes?

—Todo el tiempo —dije, y la verdad era que la única vez que había pisado el lugar estaba demasiado borracho como para enterarme si un par de gorilas se hubiesen puesto cachondos en mis narices.

—¿Y qué más pasaba? —preguntó. Estaba como loco.

—Pues a veces las chicas se subían a las mesas y bailaban sobre la botella de cerveza, le ponían a uno las nalgas en la cara.

—¿Ah sí? —preguntó emocionado. Ya lo tenía reservando un pasaje para Río.

—Claro —dije—. Sé lo que le digo, yo iba todo el tiempo.

—Cuéntame más.

Entonces fue que recordé lo de las cartas y también se lo conté.

—De día yo trabajaba en un cibercafé.

—¿Y eso que tiene que ver con las prostitutas? —preguntó un poco desilusionado.

—Pues ya sabe, ellas también necesitan usar el internet y yo las ayudaba.

—¿Y para qué necesitaban tu ayuda?

—Cartas.

—¿Cartas? —preguntó.

—Sí. Cartas de amor.

—¿De amor?

—Bueno, algo así. Les escribían cartas a los turistas que alguna vez habían estado con ellas y que habían vuelto a sus países. Finlandia, Francia, Inglaterra, todo eso.

—¿Y para qué?

—Pues algunas para pedirles dinero, otras para decirles que vuelvan pronto.

—¿Y a eso llamas tú una carta de amor?

—Pues ya ve, al principio solo me había limitado a traducir sus cartas al inglés pero luego decidieron pedirme consejos sobre el contenido y comenzamos a redactarlas como cartas de amor. Terminamos escribiendo verdaderos poemas. Literatura de la buena, jefe.

—¿No me dirás que te pagaban con besitos?

—¿Cómo cree? Eran verdaderas profesionales.  
—¿Y estaban buenas? —preguntó.  
—Pues ya sabe, es como ir a comprar alfombras a Persia. Lo mejor de lo mejor.  
—¿Y no te ponías nervioso?  
—Solo cuando me cogían las piernas.  
—¿Te cogían las piernas?  
—Sí, pero allá todo el mundo anda tocándose todo.  
—Te saldrían unos poemas bárbaros.  
—El Marqués de Sade me quedaba corto.  
—Pues ahorita mismo te pones a escribir todo lo que me estás contando. —Luego se paró y se fue. Presiento que iba al baño. Antes de cerrar la puerta volteó y me guiñó un ojo diciendo—, dos mil palabras para el viernes.

—Esta cadena no vale un carajo —dijo por fin el muchacho estirando el objeto dorado hacia mí.  
—¿Disculpa?  
—No sirve, es fantasía.  
—Pero ahí dice catorce quilates. —Había visto claramente las letras en el broche de la cadena: 14 K.  
—Catorce quilates de pura mierda —dijo el muchacho—. ¿Ves estas iniciales aquí?  
—Las he visto mil veces —respondí—. Dicen 14 K.  
—14 K GF.  
—¿Y eso qué carajo significa? —pregunté.  
—Golfie.  
—¿Qué?  
—Oro golfie, fantasía, imitación, porquería —dijo.

Podía sentir mi estómago haciendo un ruido enorme e invadiendo las galerías vacías. Cogí la cadena y examiné las iniciales. Nunca había escuchado de una mierda parecida. Oro golfie. Era lo más horrible que podía haber escuchado. La propia palabra me sonaba falsa. El muchacho me observaba con la cadena en la mano.

—Da lo mismo —le dije por fin—. ¿Cuánto me das por esto?

—Te puedo dar cinco soles.

—Los acepto —dije y se la extendí.

El muchacho cogió la cadena entre sus manos y la volvió a examinar. Entonces puso cara de desánimo.

—¿Ahora qué sucede? —le pregunté.

—La verdad es que no voy a poder venderla ni en cinco soles —dijo.

—¿Cómo? —ya me estaba volviendo loco.

—Mejor regálasela a tu enamorada —dijo.

—No tengo enamorada.

—Vaya.

—Estoy muy cagado —dije.

—Es muy horrible.

—Sí, las cosas son muy horribles.

—Pero tendrás alguna amiga. Tendrás madre por lo menos.

Cogí la cadena y me largué del lugar. Miraflores no lucía igual. En “La Casita” la gente se embutía sándwiches de pollo y tomaba chicha morada. Más allá los niños, los horribles niños, se trepaban a la resbalosa y gritaban salvajemente. Los carros tocaban el claxon. Crucé Larco y agarré la primera combi que iba para mi trabajo. En algún taller

mecánico le habían arrancado todos los asientos y al colocarlos nuevamente habían metido una hilera más. Íbamos en posición fetal con las piernas acalambradas. La gente a veces podía ser tan cruel. Avanzábamos por Pardo. Dos filas de árboles al centro de la pista. Lima nunca es horrible cuando uno está por Pardo. Pero el hambre. Una señora gorda estaba sentada justo delante de mí. El hambre no me dejaba pensar. Un viejo cuento limeño muy famoso sucede en esta avenida, recordé. Una gran pelea entre dos sujetos. Alberto y el Cholo Gálvez. Las patadas y puñetazos comenzaban en las primeras cuadras y terminaban en las últimas ya casi llegando al malecón. Una gran pelea. La combi avanzaba por Pardo y yo iba imaginando la turba mientras miraba por la ventana. Ambas bandas formaban un cuadrilátero móvil alrededor de sus líderes. “¡Vamos Cholo, éntrale!”. El Cholo era grande y recio. “De lejos, de lejos”, “¡Sácale la mierda Alberto!”. No era la pelea de Alberto. Estaba defendiendo a alguien. La brisa del mar se metía a la combi. El hambre. Al llegar al último óvalo de Pardo la combi entró por Santa Cruz. ¿Cómo se llamaba el cuento, maldita sea? El cobrador dejó de gritar su ruta por la ventana y metió la cabeza al carro. Estaba despeinado.

—Choche, ¿dónde bajas? —me preguntó. Ahora avanzábamos mucho más rápido. Las avenidas de San Isidro eran menos transitadas.

—Pershing —dije y metí las manos a los bolsillos, apreté la cadenita. Cada vez que decía Pershing recordaba el cartel de Maidenform. Era lo único que me venía a la mente y era lo único que les venía a la mente a todos los limeños cuando alguien decía Pershing. Fue la mujer más sexy que apareció en calzones alguna vez en las calles de

Lima. Al final resultó que ella no había autorizado que la fotografía apareciese en exteriores. Ahora solo quedaba el cartel metálico vacío y Pershing era una de las avenidas más tristes de Lima. Desde una cuadra antes vi una de las esquinas del cartel vacío.

—Bajo —dije mientras me trasladaba a un asiento cercano a la puerta. —Pasaje —dijo el cobrador. No tenía pasaje. No tenía ni un puto cobre en el bolsillo. ¡Vamos Cholo, éntrale! ¡Sácale la mierda! El cobrador debía ser idéntico al Cholo Gálvez, pensé. El cuento era de Ribeyro. Sí, de Ribeyro. Pero ¿cómo mierda se llamaba?

—Choche —le dije— acabo de darme cuenta de que se me ha caído la billetera

—¿Qué? —dijo. Comencé a sudar. El Cholo era grande y estaba muy despeinado de tanto asomarse por la ventana.

—¿Qué dices flaco? —tenía una cara horrible—. ¿Dices que no traes plata?

—Oe —dijo gritándole al chofer por encima de mi cabeza—, dice que no trae plata. El chofer se alteró.

—Se me ha caído la billetera. —La gente me miraba. Estaba blanco. Iba a vomitar.

—Mira, lo siento mucho, te puedo dar esto —dije. No supe cómo pero ya tenía la cadenita sobre la palma de mi mano sudorosa. No había sido mi intención. Me temblaban las piernas. Se lo puse delante de la ñata.

—¿Qué es esto? —la cogió como si nunca hubiese visto algo dorado en su vida. Luego se la pasó al chofer que casi se estrella por agarrarla. Toda la gente estaba pendiente del asunto.

—Esta mierda es golfie —dijo por fin el chofer y se la devolvió al Cholo. No podía creer que alguien más supiese que existía la palabra golfie.

—Yo me la quedo —dijo el Cholo—, se la puedo dar a la Fanny. La señora gorda le arranchó la cadena de las manos y la puso nuevamente sobre la mía.

—No seas abusivo —le dijo—. Se le ha caído la billetera, ¿no ves? El Cholo estaba más despeinado que nunca.

—¿Qué le sucede señora? ¿No ve que él me la ha dado?

La señora gorda hizo un puño con mi mano encastrándola entre las suyas. Sentía la cadena entre mis dedos y sus dedos muy blanditos apretando los míos. Toda la gente estaba mirando.

—Yo te pago el pasaje hijito —era una señora en verdad muy amable. Yo y mi maldita cara de bueno. Qué *Carlito's Way* ni qué huevada

—Dale esa cadenita a tu enamorada —dijo. Casi se la estrello en la cara. El Cholo no lo podía creer. Yo no lo podía creer.

—Me bajo —le dije. La señora gorda había sacado un sol de su billetera y se lo ponía al Cholo entre las manos.

—Ábrele la puerta —le dijo. Molesto se veía aún más horrible. Cuando estuve abajo le hice adiós a ambos con la mano. La señora también me hizo adiós. El Cholo me hizo un gesto con el dedo.

Crucé y caminé hacia la revista. La sala de redacción quedaba en un tercer piso desde donde podía verse esa horrible réplica de la estatua de la libertad en la fachada de un antiguo casino llamado New York. Podían haber mandado

a derribar esa mierda en vez del cartel de la chica en calzonnes. Estaba muerto de hambre y ahora tendría que enfrentar de nuevo a mi editor. “Dame hasta las seis de la tarde”, esperaba que con eso le bastase. “Necesito solo unas horas más para terminar la crónica”. Toqué el timbre. Sentí cómo alguien me observaba por la cámara del intercomunicador. Por fin abrieron la reja desde arriba. Subí las escaleras a toda prisa. Esos escalones tan cortitos. Alguien acabaría sacándose la mierda algún día. No saludaría a nadie. Iría hasta mi máquina, terminaría la crónica. Olvidaría el hambre. Dejaría de andar jodiéndole la vida a la fotógrafa de los ojos verdes. Todo ese maldito rollo suyo de Tim Burton y su polo verde con la frase *Very Kissable* en letras rosadas. ¿Y al final de todo qué quedaba? Ni una puta línea de mi crónica. Me refero a que en verdad me gustaba pero ella tenía novio y eso de la camiseta *Very Kissable* era publicidad engañosa de la más baja calaña. Conectaría mis audífonos a la máquina y terminaría esa crónica aunque se estuviera cayendo la ciudad a pedazos.

Antes de dar el segundo paso en la sala de redacción vi que estaban todos reunidos en círculo.

—Te estábamos esperando —dijo alguien—, coge una silla.

Estaban absolutamente todos. Supuse que no era una reunión por lo de mi crónica porque Bruno estaba allí y JC y C y K y la otra C y además porque los fotógrafos y la chica de los ojos verdes también estaban allí y hasta la secretaria estaba allí y mi jefe estaba siendo demasiado amable conmigo como para que las cosas estuviesen bien. Era la primera vez en días que me saludaba sin preguntarme por la crónica de las prostitutas.



—Las cosas no han estado yendo bien —dijo por fin y se rascó la ceja.

Cogí una silla cerca de la chica de los ojos verdes, que ahora llevaba una camiseta naranja y unas *All Star* marrones. Fue gracioso cómo al cabrón no le tomó más de tres frases ponernos en la calle.

—No ha sido culpa de ustedes —decía—, ya saben, la revista era buen material.

Lo decía todo sin mirar fijamente a nadie. La gente tenía las barbillas pegadas al pecho y arrancaban papeles o hilos de alfombra dependiendo de qué fuera lo que tuviesen cerca.

—La revista no sale más —dijo por fin.

Hubo silencio y luego algunas risas nerviosas. *Very Kissable* tenía los ojos un poco rojos y yo pensaba: “Ahora ya no tendré que escribir esa horrible crónica de las prostitutas ni tampoco tendré que ver tus ojos verdes y escucharte hablar del joven manos de tijera”. Estuve triste al pensarlo pero casi instantáneamente me puse feliz de una manera extraña. Y luego me di cuenta de que casi todos estaban felices de la misma extraña manera que yo. Sabíamos que no era como que hubiesen largado a alguien. Nos habían largado a todos. Estábamos en la calle nuevamente pero éramos un grupo demasiado grande y bueno como para que las cosas estuviesen mal. Al menos eso creíamos. “Nada mejor que estar en la calle”, pensé.

La reunión terminó. Teníamos hasta el día siguiente para llevarnos nuestras cosas que eran casi nada salvo por esos pequeños cerdos alados de cartón que todo el mundo tenía sobre el monitor de la computadora. C había aparecido

con uno y luego todos dijeron que también querían un chanchito alado y mandamos a pedirlos. Los hacía una amiga de C. Chanchos alados. Carajo, eso era lo único que faltaba.

—Pásame esa hoja —dijo JC y como yo era quien estaba más cerca a la impresora la cogí.

—Es un currículum —dije—. Este salvaje ya está imprimiendo currículums.

—Hubo risas y luego todos corrieron a sus máquinas y se pusieron a imprimir currículums. Era una idea inteligente. La impresora no paraba de botar todas esas historias laborales. Me senté frente a mi máquina. Abrí mi currículum y me pareció la cosa más horrible que alguna vez había leído. ¿En qué huevadas había gastado mi vida? Luego abrí uno de mis poemas y me pareció un poco menos asqueroso que mi currículum. Lo mandé a imprimir.

—¿De quién es esto? —preguntó alguien sacando un papel de la máquina—. *Los perros están comiendo vidrio* —lo iba diciendo en voz alta—. *Los pájaros tienen cara de ir a matar a alguien*.

—Malditos pájaros sicarios —gritó M y todos se rieron. Arranché la hoja de sus manos y entonces sentí que tal vez mi poesía era tan estúpida como mi currículum. Estuve sentado frente a la pantalla del Google un buen rato sin hacer nada, viendo cómo todos recogían sus papeles de la impresora y guardaban sus chanchos en la mochila. Por fin escribí: “Ribeyro, Cholo Gálvez”. Era increíble cómo esos buscadores podían ayudarme a uno a encontrar un fabricante de bombas atómicas si de veras lo necesitaba. Julio Ramón Ribeyro, “El próximo mes me niveló”. Ese era el maldito nombre. ¿En qué rayos habría estado pensando Ribeyro para

ponerle aquel nombre al cuento? Era la pastrulada mayor que alguna vez había oído. La frase no tenía absolutamente nada que ver con el noventa y nueve por ciento de la historia. De hecho era una de las cinco líneas finales. Alberto le había ganado la pelea al Cholo Gálvez pero había recibido unas buenas patadas en el estómago. Algo dentro de sí estaba roto. Eso había puesto Ribeyro: “Algo dentro de sí estaba roto”. Y luego continuaba. Cuando llegó a casa se arrastró hasta su cama. Intentó coger la jarra de agua sobre la mesa de noche pero solo halló la libreta donde hacía sus cuentas. “Algo dijo su mamá desde la otra habitación, algo sobre la comida y el horno. —Sí —murmuró Alberto sin soltar la libreta. —Sí, el próximo mes me niveló”. Era definitivamente una de las mayores pastruladas de la literatura peruana.

Cogí mis cosas y las metí a mi mochila. La gente ya había comenzado a irse. Algunos estaban apuntando los correos electrónicos y teléfonos del resto. Supongo que yo no era el único loco por alguien. Me comencé a deprimir nuevamente. El hambre había vuelto.

—Haremos una fiesta —dije—. Una gran fiesta en mi casa. —Pero todos ya se estaban yendo. Luego me acerqué a *Very Kissable* y la abracé muy fuerte.

—Adiós —le dije apretándola. Inmediatamente salí del lugar y supe que no la iba a volver a ver nunca más.

Entonces comencé a caminar. Pensé en la sensación de la mañana y dije: “bueno, ya pasó, la bomba cayó y he sobrevivido”. Era invierno y aquella estatua de la libertad continuaba allí cuando crucé la avenida. Miraba hacia el suelo. Estaba seguro de que podría encontrar alguna moneda si prestaba mucha atención. Crucé la avenida Javier Prado, Salaverry,

Pezet, Pardo, toda la ruta que había hecho de ida en combi. Me parecía casi injusto que no hubiese ni una sola moneda en el suelo. Buscaba en las cabinas telefónicas. Esas máquinas de mierda se han tragado casi un sueldo entero durante toda mi vida. Ahora debían devolverme algo. Mi idea de que nada podía ser tan horrible si uno iba caminando por Pardo ahora me sonaba estúpida. El hambre podía cambiarlo todo como un mal olor en un lugar acogedor. Ya casi estaba en Miraflores. Pude distinguir solo a dos cuadras de distancia aquel ridículo león de metal y la pileta donde Pardo se unía con Diagonal. El cine Pacífico ya casi estaba a mi derecha. Un tipo delgado y despeinado venía caminando en sentido contrario y movía la cabeza de un lado a otro como si quisiese reconocermelo. La luz del sol se colaba entre los enormes árboles y era difícil distinguírnos. La luz solar. Avanzaba lentamente.

—¡Perro! —gritó por fin el sujeto.

Los árboles. El cine Pacífico. Miraflores. Era H. El gran H, mi tío. Llevaba unos blue jeans muy viejos y unos lentes oscuros para el sol. Su cabello había adquirido un color raro, como si se le hubiese incendiado, y tenía la piel más oscura que antes, como el pellejo de las lagartijas. No parecía estar yendo a algún lugar.

—¿Qué carajo haces por acá? —preguntó.

—Lo mismo que tú —le dije—, ni mierda. Me acabo de quedar sin empleo y sólo caminaba.

—¿Y la revista?

—Murió.

—¿Murió?

—Se fue al tacho.

—No jodas.

Nos quedamos callados un momento.

—¿Cómo está tu hermana?

—Muy bien mientras tenga un jabón cerca —dije y él se volvió a reír. No lo veía desde hacía casi un año pero las cosas seguían básicamente igual.

—¿Tu tía?

—En la farmacia.

—¿Sandra?

—Cortando gasa y esparadrapos. Oye ¿dónde rayos has estado? —le pregunté por fin—. Hace meses que no sabemos nada de ti.

—Por ahí —me contestó y eso fue todo lo que supe aquel día acerca de su paradero. Volvimos a quedarnos callados y miramos los árboles como esperando que una paloma se cagara sobre nosotros o que un avión se viniese abajo desde el cielo. Después de un rato yo me animé a decir algo:

—Justo aquí donde estamos parados... justo aquí...

—iba a contarle el cuento de Ribeyro pero al instante no me pareció coherente. Me desanimé—. Vamos por ahí —le dije— y nos fuimos por Larco y luego al parque. “Es realmente horrible que un parque de Lima se llame Parque Kennedy. Podría apostar que en ningún lugar de los Estados Unidos hay siquiera una plazoleta con el nombre de un inca. Cuando menos a nadie se le había ocurrido poner otra estatua de la libertad aquí”, pensé.

—¿Te acuerdas de los ochentas? —pregunté una vez que estuvimos sentados en una banca.

—Uuuuuuuuuuuuu —dijo H prolongando la U un buen rato como si los ochentas hubiesen sido veinte años

atrás y solo entonces me di cuenta de que de hecho los ochentas habían sido veinte años atrás.

—Me gustaba mucho esa época —dije—. Nos la pasábamos bien.

—Perro, tú en esa época eras un cachorro, se podría decir que casi ni existías.

—Aún así, lo recuerdo todo. AC/DC. Ese video de los Twisted Sister donde salían maquillados y con esas horribles pelucas y se ponían a destruir una casa. El departamento en Trujillo, los paseos de los dos por la ciudad.

—Fue lo mejor.

—El colegio donde yo estudié la primaria quedaba cerca de tu instituto y siempre te dabas una vuelta. Un día viniste y yo había comprado un pez y lo tenía allí en una bolsa plástica.

—¿El pez plomo?

—Afuera del colegio los vendían y yo era muy pequeño para distinguir entre un goldfish y la cría de un atún. Realmente estaba emocionado con mi pez. Creo que ni me daba cuenta de que era de esos que mi mamá cocinaba.

—Lo descubriste por la tarde cuando el pez se catapultó fuera de la batea donde lo habías dejado.

—Y lo confirmé cuando lo regresé a la tina, la cubrí con la tapa de la panera y el desgraciado se puso a darle de cabezazos.

—Vaya.

—Lo recuerdo todo —dije—, recuerdo tu maldita obsesión con los Hombres G. Probablemente es tu culpa que ahora me gusten a mí todas esas cagadas.

—Jajaja.

—Además tú me enseñaste a bailar con esa canción de Charly.

—¿Cuál?

—Estoy verdeeee. No meeee dejan salir —canté—. Ese día que estábamos bailando en la sala también estaba Tito. ¿Qué fue de él?

—Se murió.

—¿En serio?

—Sí —dijo—. Cuéntame de qué más te acuerdas.

—De Los Abuelos de la nada, de los Rolling Stones.

—Creo que ellos son más antiguos —dijo.

—Sí, pero en esa época los oíamos mucho. Tú sobre todo ponías esa canción “Angie” cincuenta veces seguidas.

—¿En serio?

—Sí. Lo recuerdo porque tenía cuatro o cinco años y creo que fue la primera vez en mi vida que sentí una pena honda y auténtica.

—Mierda. Te cagué la vida.

—También se escuchaba mucho The Police.

—Claro —dijo H— y The Cure.

—Indochina.

—Te hablo de The Police y The Cure y me sueltas Indochina. No seas loco.

—Los Guns N’ Roses —dije y él dijo:

—¡Los Thundercats!

—No me jodas. Creí que estábamos con la música.

—Los Thundercats eran rock puro —dijo— tenían unas melenas bárbaras y todos esos palos que agitaban y siempre parecía que estaban muy empinchados con alguien.

—Nunca lo había visto así. Debe ser porque eran gatos, ¿no? Los gatos nunca andan muy animados.

—Al que no toleraba era a ese viejo Yaga —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Mierda, me refiero a que cada vez que hablaba con los Thundercats desde el más allá no les daba más de un minuto y luego se desvanecía dejándolos con miles de preguntas.

—Sí, es verdad.

—A lo que me refiero es: ¿Por qué tanto apuro? ¿Qué carajo estaría esperándole en “el más allá”? ¡Era un jodido gato muerto!

—Tienes razón —dije. Se había emocionado con lo de los Thundercats.

—¿Y qué me dices de ese tal Munra? —continuó. No había quien lo parase—. El sujeto andaba arrastrando todas esas vendas como un pordiosero y de pronto se metía a su sarcófago y salía más duro que un burro. ¿Qué diablos podría tener en ese maldito sarcófago para ponerse así?

Me reí. Metí las manos a los bolsillos y sentí nuevamente los fríos eslabones de la cadenita.

—¡La cadenita! —dije y fue casi como un grito.

—¿Qué cadenita?

—Ya me acordé.

—¿Qué cosa?

—¡Es de una de ellas!

—¿De quién? —H parecía realmente desconcertado.

—De las prostitutas.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Esta cadenita —dije sacándola del bolsillo—. Me la regaló una prostituta.

—¿Andas con prostitutas?

—No seas loco.

—¿Entonces?

—Simplemente me la regaló. La había ayudado con algo.

—¿Con qué?

—Olvidalo —le dije—. No tiene importancia.

—¿Seguro?

—Sí —dije, y luego me cogí la cabeza—. Rayos ¿cómo lo había olvidado?

Puse la cadenita delante de mis narices e hice un péndulo. No podía recordar cuál de ellas me la había dado. En realidad nunca lo había sabido. Por lo general ellas metían dinero a mi bolsillo mientras yo tipeaba sus cartas. Cuando encontré la cadenita me emocioné y la guardé en una caja. La había tenido guardada ya un par de años.

—¿Cuánto crees que me darán por ella? —dije finalmente.

—A verla —dijo y yo se la pasé.

—Es de oro golfie —le advertí.

—¿Y eso qué mierda es?

—Fantasía, imitación.

—Calculo que diez, quince soles.

—Antes me ofrecieron cinco.

—Bueno, cinco está bien.

—Pero luego dijeron que no me podían dar ni cinco.

—Menos de cinco ya es pendejada.

—Vamos entonces a venderla.

—¿Y qué vas a hacer con la plata?

—Tenemos que darle un buen uso, ya sabes, supongo que ella querría que le dé un buen uso.

—¿Como qué?

—Podemos comprarnos un sándwich.

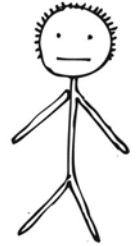
—¿Un sándwich?

—Claro, y luego nos lo comemos.

La luz de la tarde ya se iba desvaneciendo. H se me quedó mirando con el último destello de sol que me golpeó esa tarde.

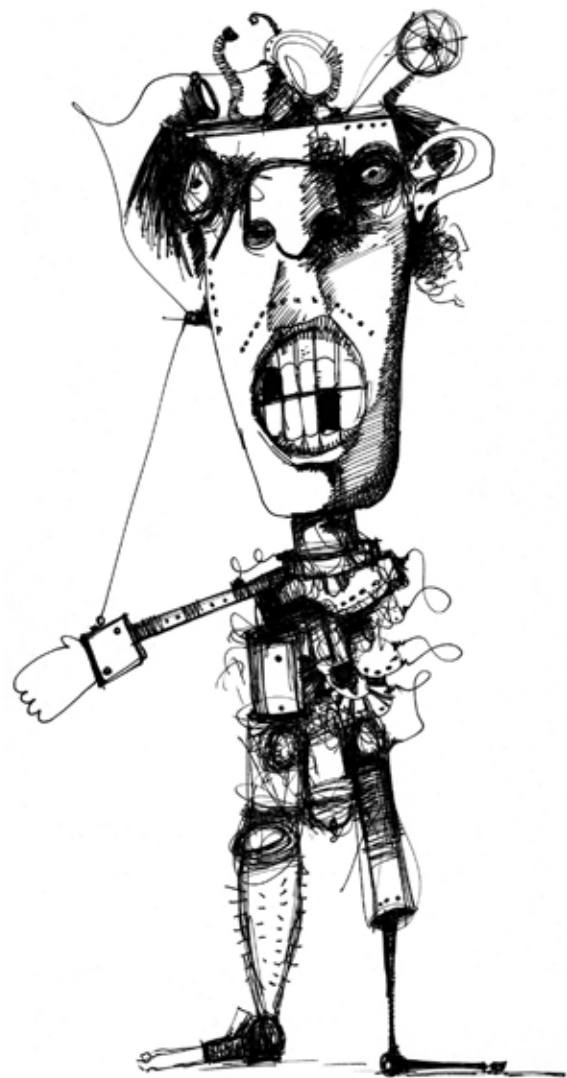
—Vamos perro —dijo finalmente, y nos fuimos caminando con la cadenita como dos fantasmas por las calles de Miraflores.

FEARIO





Calin  
**Alain** (Incendiar el colegio)



Un hombre feo  
Javier Ramos Cucho



Un hombre feo  
Javier Ramos Cucho

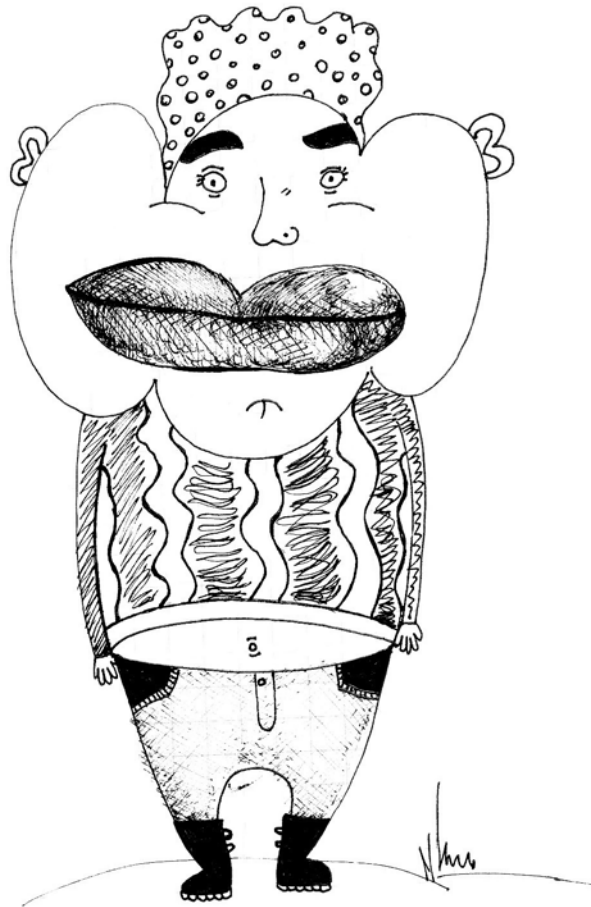




Un hombre feo  
**Karina Valcárcel**



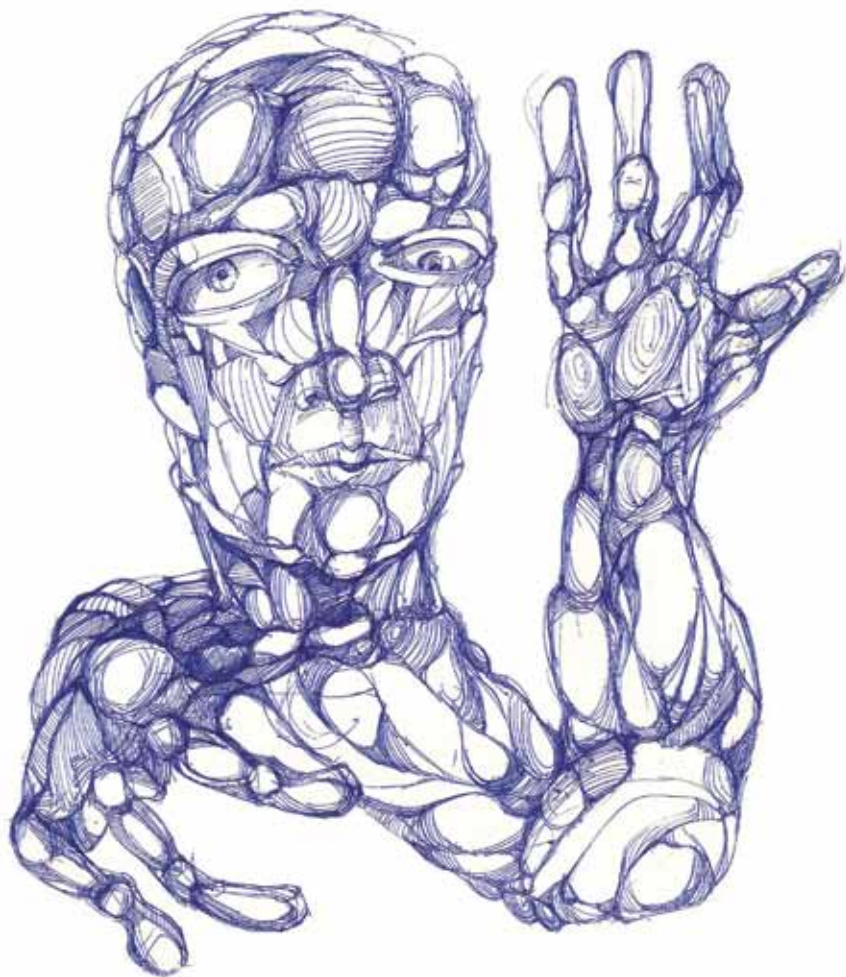
Un hombre feo  
**Karina Valcárcel**



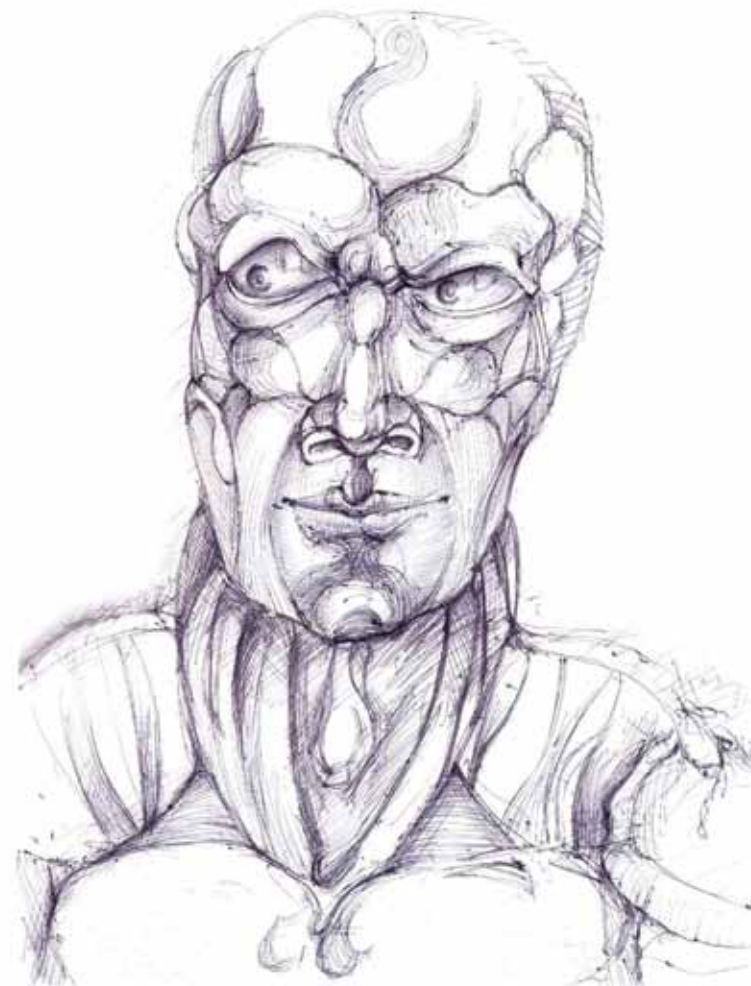
Un hombre feo  
**Karina Valcárcel**



Un hombre feo  
**Karina Valcárcel**



A veces no son mis manos  
**Marvin Dávila**



¿Qué esperas de mí?  
**Marvin Dávila**





Un hombre feo  
**Wilson Villareal**



Tengo problemas  
**Carlos Lavida**



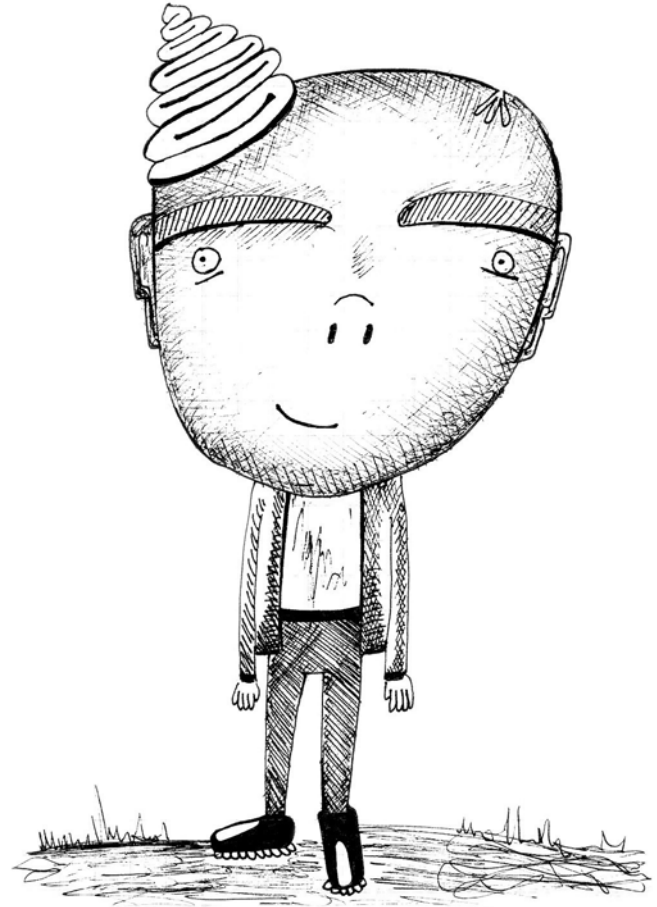
Mi primera impresión de Gonzalo  
Pierre Castro



Hay mamita el cuco  
David Galliquio



Un hombre feo  
**Karina Valcárcel**



Un hombre pobre (pero nunca un pobre hombre)  
**Karina Valcárcel**



Que se mueran los feos  
Collage al estilo de Boris Vian



=\_o  
Karina Valcárcel

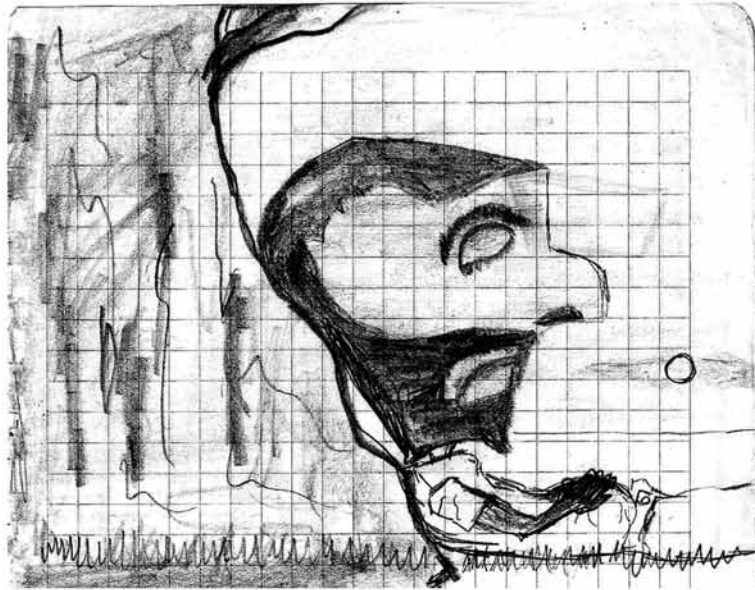




Golfie  
H y yo retratados por un caricaturista que entró al Pollo Pier en el 2002



"H"  
Genaro Bernilla



Hombre feo durmiendo  
**Pierre Castro**



Un hombre feo  
**Carlos Lavidá**



*Un hombre feo*, de Pierre Castro,  
se terminó de imprimir en julio de 2010  
en los talleres de Bellido Ediciones E.I.R.L.,  
ubicados en Los Zafiros 244, Balconcillo.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo de  
*Borrador Editores* y del autor.  
Se imprimieron 500 ejemplares.

